

**CARAMBA Y ZAMBA LA COSA.
EL 68 VUELTO A CONTAR**

FRANCISCO PÉREZ ARCE

© Francisco Pérez Arce
Octubre 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

ÍNDICE

RAYO EN CIELO TRANQUILO

11

VIENTO EN POPA

25

EL CIELO ESTÁ ENCAPOTADO

45

TORMENTA PERFECTA

63

NÁUFRAGOS

73

DESPUÉS DEL NAUFRAGIO

79

POSTDATA

89

EL 68 EN EL MUNDO

93

DEDICATORIA

A los padres de los 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa que nos hacen falta desde el 26 de septiembre de 2014.

Desde esa fecha México tiene tatuado el número 43.

No olvido que los normalistas iban en busca de camiones para acudir a la marcha del 2 de octubre que recordaría el crimen de Tlatelolco en su 46 aniversario.

*1968 no inventaba o engendraba a México,
sólo lo descubría, lo hacía visible y comprensible.*

Carlos Monsiváis

*Después de todo, sólo había sido un movimiento estudiantil
De 123 días de duración. Nada más. Nada menos. Pero nos
había dado, a una generación completa de estudiantes,
pasado y país, tierra debajo de los pies.*

Paco Ignacio Taibo II

Que vivan los estudiantes porque son la levadura...

Violeta Parra

Muchos no volvieron/ tampoco Manuel.

Víctor Jara

RAYO EN CIELO TRANQUILO

En la céntrica plaza de La Ciudadela, el 22 de julio de 1968, dos pandillas de escuelas rivales se enfrentaron a golpes. El episodio debió ser intrascendente. No sabemos el motivo del pleito, pudo ser cualquiera: una novia robada, una rencilla vieja, un agravio deportivo... Todo lo anterior... No importa. Tampoco importan las piedras ni los ojos morados.

¿Qué había en La Ciudadela un día cualquiera? Había estudiantes que salían de sus escuelas, o andaban por ahí entre clase y clase. La plaza se convertía en patio escolar, sitio de encuentros y descanso, de ligues, lonches y cascaritas. Había tres escuelas cercanas: las vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional, y la Preparatoria Isaac Ochoterena, colegio privado incorporado a la UNAM.

El 22 de julio, que era un día cualquiera, se armó la gresca. Quizá fue más aparatosa que otras previas y por eso alguien llamó a la policía. Debieron acudir los gendarmes y apaciguar la escaramuza, pero en cambio llegaron dos camiones de granaderos y no apaciguaron nada, al contrario, embistieron macana en mano a los pleitistas. Los estudian-

tes, pleitistas y no, corrieron a refugiarse en la Voca 5, la escuela que estaba más a la mano. Los de uniforme los persiguieron y se metieron detrás de ellos. Aporrearon a quien se puso en su camino. Algunos maestros se interpusieron y también fueron golpeados.

Podemos imaginar la escena: los muchachos se ayudan unos a otros, se escabullen entre salones y pasillos bien conocidos. Los granaderos, desbocados, con la cabeza caliente, desahogan en cada golpe el rencor acumulado de su propia miseria, de su propio maltrato.

Hubo muchos heridos. Los detenidos fueron liberados a las pocas horas.

Los estudiantes pasaron del desconcierto a la protesta. La noticia voló a otras escuelas. Los politécnicos, indignados, no dejaron pasar la afrenta. La violencia absurda de la policía no podía simplemente olvidarse. No podían aceptar que un día cualquiera los granaderos se metieran a su escuela y rompieran cabezas, así nomás, porque alguien quiso enseñar que los jóvenes deben agacharse y aceptar lo que la autoridad mande.

La Federación de Estudiantes Técnicos (FNET) llamó a protestar en la calle. El 26 de julio habría una manifestación estudiantil politécnica contra la violencia policiaca.

La FNET no era rebelde. Era un organismo que la dirección del Instituto reconocía oficialmente. Sus dirigentes eran jóvenes iniciándose en la política priísta. No era lo suyo encabezar movimientos disidentes. Lo suyo era la demagogia institucional. Convocó a la protesta porque no tuvo más remedio: el asalto granadero había sido tan artero, tan sin sentido, y la molestia estudiantil tan justificada, que lo menos que podía hacer era protestar, simular una

respuesta enérgica y después aceptar la explicación de las autoridades, tomar por buenas las promesas de que se investigaría... y etcétera, etcétera. No buscaban empezar un movimiento sino, en todo caso, prevenirlo.

Los politécnicos marcharon el 26 de julio. Precisamente el 26 de julio, fecha en que la izquierda organizaba cada año una manifestación de apoyo a la Revolución cubana. Cada año marchaban y repetían los “muera” al imperialismo yanqui y los “vivas” a los barbudos de Sierra Maestra.

Esa tarde salió la manifestación pro cubana del Salto del Agua, su meta era el Hemiciclo a Juárez, en la Alameda. La columna no era larga pero sí muy entusiasta, radical y festiva: “Fidel, Fidel/ ¿Qué tiene Fidel/ que los americanos no pueden con él”, o también “Con la OEA o sin la OEA/ ya ganamos la pelea”, o el más simple “Cuba sí/ Yanquis no”, o el más rítmico: “Che-che-che Guevara”. Su composición era mayoritariamente universitaria, era algo muy parecido a una manifestación estudiantil.

Esa tarde había dos marchas aparentemente de naturaleza distinta: una protestaba por la violencia absurda de los granaderos, otra de izquierda y anti yanqui. Pero si viéramos la película sin sonido de las dos marchas, las veríamos muy parecidas: jóvenes caminando por las calles del centro, corriendo a veces con entusiasmo, los puños levantados, los suéteres en los hombros, los libros en las manos, desafiando la somnolencia de la ciudad y del país. Las marchas tenían distintos motivos, ¡pero eran tan iguales!

A las siete y media de la tarde la columna antiimperialista daba la vuelta por Bellas Artes y entraba a la Alameda, estaba a unos pasos de su meta, el Hemiciclo a Juárez. A

esa hora los del Poli ya habían pasado por el Monumento a la Revolución y se dirigían hacia el Zócalo.

El Zócalo era terreno vedado para cualquier manifestación opositora, era terreno exclusivo para los actos afines al gobierno. El grito de “Zócalo, Zócalo, Zócalo”, se coreaba como desafío a la prohibición no escrita. Los del Poli tomaron el riesgo y cruzaron la Alameda a paso rápido. Con poca diferencia de tiempo las dos marchas cruzaron la Alameda en sentidos distintos. No se tocaron. Ni siquiera sabía una de la existencia de la otra, o lo sabían vagamente.

Los politécnicos no pisaron el Zócalo. Una cuadra antes de llegar, en la calle de Palma, los esperaban los granaderos que arremetieron contra ellos. El enfrentamiento se expandió por varias calles. Se vieron por todos lados granaderos persiguiendo estudiantes. Corretizas absurdas.

El centro de la ciudad era un barrio universitario. En los alrededores del Zócalo, a sólo una o dos cuerdas en uno y otro sentido, se hallaban las preparatorias 1, 2 y 3, así como la Escuela de Artes Plásticas, Academia de San Carlos. Los preparatorianos salían de la escuela quitados de la pena, y se toparon en sus calles con una batalla campal, o quizá no todavía batalla, sino apenas persecuciones dispersas y garrotazos contra pedradas. Preparatorianos que ni la debían ni la temían fueron también perseguidos y gaseados. Pero los estudiantes eran muchos y pronto se reagruparon para defenderse. Algunos preparatorianos, con la respiración agitada, regresaban a refugiarse en sus escuelas; si querían salir tenían que hacerlo en grupo. Conforme pasaron las horas la correlación de fuerzas fue cambiando. Los estudiantes entre agüerridos y asustados, y quizá algu-

nos hasta con espíritu deportivo, se enfrentaban al enemigo inesperado. Los grupos más audaces tomaron camiones y los cruzaron en las bocacalles para dificultar la llegada de refuerzos policiacos.

Los de la manifestación antiimperialista terminaban su recorrido cuando recibieron noticias alarmantes de lo que sucedía a unas cuadras de ahí. Algunos dispersos y otros en grupos se acercaron a ver lo que pasaba, y fueron también perseguidos, y entraron también en la batalla.

Los policías eran pocos para la cantidad de jóvenes que resistían las embestidas de cascos y macanas, y respondían con piedras. Las calles del centro son angostas y quienes transitaban por ahí no caminaban, corrían. La vida comercial se había suspendido. Algunos camiones, usados como barricadas, ardieron. Las esquinas se iluminaban y el aire se llenaba de humo. La escaramuza se extendió hacia el Norte y el Oriente del Zócalo.

La batalla del Centro siguió toda la noche. Los jóvenes eran muchos y muy aguerridos y tenían sus escuelas como retaguardia. Los granaderos no esperaban semejante resistencia y fueron incapaces de controlar la situación. Los estudiantes habían sido agredidos en su barrio. Había muchos detenidos y muchos golpeados. La violencia policiaca estaba fuera de control. Pero además era evidente que no tenían claro un objetivo, actuaban sin ton ni son; golpear nada más, para nada. Porque los que están enfrente se defienden y son sus enemigos, quién sabe por qué.

Los estudiantes tenían las calles. Algunos vecinos los auxiliaron, les abrieron las puertas y les ofrecieron refugio cuando lo requirieron. Ocuparon las escuelas. Ahí pudieron hablar, pasarse información, discutir, salir de la

sorpresa, darse cuenta de lo que había sucedido, intentar entenderlo, ponerse objetivos, convertirlos en demandas: había muchos detenidos y querían su liberación, y pedían también que la policía se retirara. Pasado un día entero los granaderos habían formado un cerco, y los estudiantes estaban encerrados en sus escuelas.

Los policías podían haberse retirado. Seguiría el tiempo de las autoridades escolares y del diálogo con el gobierno. Pero siguieron las escaramuzas y siguieron presos los presos de la noche anterior. Pasó el domingo 28 en esa especie de inpassé. El lunes las noticias se expandieron por todas las escuelas y los auditorios se llenaron de relatos y anécdotas.

El secretario de Gobernación y el jefe del Departamento del D. F. pensaron que debían escarmentar a los revoltosos, reestablecer el orden, mostrar la fuerza del gobierno... y llamaron al Ejército. ¡Llamaron al Ejército!

A las once de la noche del lunes 29 salió la tropa del Campo Militar número 1. A la media noche recorría las calles del centro. Los estudiantes no enfrentaron al Ejército, nunca lo hicieron, era una fuerza desproporcionada. Los estudiantes se recluyeron en sus escuelas. Pero los soldados no se conformaron con ocupar las calles, quisieron sacar a los jóvenes de su refugio, el viejo Colegio de San Idelfonso, y para ello derribaron el portón de madera tallada, de antigüedad colonial como el edificio, con el disparo de una bazuca. Arma de calibre inconcebible para combatir a unos estudiantes desarmados. Todo fue desproporcionado. Quedó la imagen en los periódicos: un soldado con la bazuca al hombro apunta al viejo portón de la Prepa 1.

Podemos imaginar la escena de San Idelfonso. Los jóvenes en su escuela, deambulando por los pasillos noctur-

nos, alarmados por las noticias y los rumores; de pronto el estruendo de un cañonazo y un pedazo del portón que cae hecho trizas, la tropa que entra a paso rápido con los fusiles embrazados, y ellos, los estudiantes, que corren a refugiarse donde ya no hay refugio. Se oyen balazos, se oyen gritos, se oyen pasos fuertes. Las manos levantadas. Las manos contra la pared. Las caras de asombro y de miedo. Testigos del día siguiente dicen que había sangre en las paredes.

También La Ciudadela parece escenario de guerra. Como a las 2 de la mañana llegaron los soldados a Voca 5. El oficial al mando exige a los jóvenes que dejen el edificio. Los estudiantes suben a la azotea. Están de pie en la orilla. Cantan el himno nacional. Los soldados entran.

El saldo esa noche fue de 500 detenidos y un número impreciso de heridos que fueron a parar a distintos hospitales.

En la madrugada del 30 el jefe del Departamento del D. F., general y licenciado Alfonso Corona del Rosal, en conferencia de prensa dice que la conjura comunista ha sido controlada por la fuerza pública.

Hemos llegado al absurdo. Unos días antes, en un día como cualquiera, unos jóvenes se peleaban en la plaza de La Ciudadela. Habría habido descabros y moretones. Unos días después, el Ejército mexicano ocupa el centro de la ciudad e invade un edificio universitario, uno de los más emblemáticos, abriendo fuego con un arma de alto calibre. Hemos llegado al absurdo.

En esos días, entre el 26 y el 30 de julio, la policía allanó las oficinas del Comité Central del Partido Comunista y los talleres de su periódico, La Voz de México, y de-

tuvo a quienes ahí se encontraban. Los comunistas ya están en la cárcel. La coartada normal en tiempos de la Guerra Fría. Nació la versión oficial, que se repetiría todos los días en los meses siguientes: que se trataba de una conjura contra México, orquestada desde gobiernos extranjeros, cuyo fin era enturbiar los Juegos Olímpicos.

La noticia vuela. Los universitarios están indignados por la invasión del Ejército al antiguo edificio de San Idelfonso, la orgullosa Escuela Nacional Preparatoria. Algunos periódicos pusieron en primera plana la foto del soldado con la bazuka al hombro frente al portón centenario. No hay explicación posible. Incredulidad e indignación son las reacciones que prevalecen.

Estudiantes y maestros se concentran en la explanada de la Rectoría en Ciudad Universitaria. El rector, Javier Barros Sierra, iza la bandera a media asta y dice: "Hoy es un día de luto para la Universidad Nacional; la autonomía está amenazada gravemente".

Ese día y el siguiente las escuelas se van declarando en huelga una tras otra. Cada asamblea recibe con aclamación las noticias que llegan en hilera: Economía en huelga, Filosofía en huelga. Ciencias Políticas en huelga... La lista se alarga. Era de esperarse que se sumaran las facultades de siempre, las más politizadas, las del ala de humanidades. Pero esta vez está pasando algo nuevo, facultades que tenían fama de apáticas, de no moverse nunca, ahora lo hacen: Ciencias Químicas en huelga, Comercio en huelga, Ingeniería en huelga. No hay auditorio sin asamblea. La protesta es unánime y todas las asambleas votan la huelga.

La historia es igual en el Politécnico: ESIME, ESIA, Físico Matemáticas, Ciencias Biológicas... Una por una to-

das las vocacionales. También paran Chapingo, la Normal, la Escuela de Antropología. En el D.F. todos los centros de educación superior están en paro. En Chapultepec, en la escuela de Teatro de Bellas Artes, los estudiantes se reúnen y discuten. Llega la policía y disuelve la asamblea. Así nomás: invade el auditorio, disuelve la reunión y detiene a cuarenta alumnos. Su director, José Solé, que también se lleva unos golpes, interviene y logra que esa misma noche liberen a los detenidos.

La condena a la intervención del Ejército se extiende como reguero de pólvora. La Universidades de los Estados también responden: universidad veracruzana, Puebla... De todas ellas llegan mensajes de solidaridad. Envían mensajes a la UNAM y al Poli. Hacen mítines y paros parciales y algunas también se declaran en paro. Es sorprendente, en unos cuantos días se ve una unidad estudiantil nacional como nunca se había visto.

Las voces oficiales y solemnes, de diputados, senadores, funcionarios, columnistas de prensa, locutores, se alinean con el gobierno, repiten frases previsibles y justifican las acciones de la policía y el ejército. Condenan la subversión.

El primero de agosto el rector de la UNAM encabeza una marcha que sale de Ciudad Universitaria, camina por Insurgentes hacia el norte hasta la avenida Félix Cuevas, regresa por Avenida Coyoacán. Son unos pocos kilómetros. La mayoría de los marchistas son universitarios, pero también vienen contingentes del Poli, de Chapingo y de otras escuelas. La columna es enorme. El cálculo más repetido habla de cien mil manifestantes. El Ejército había hecho un gran despliegue de fuerzas a pocos metros de Félix Cuevas,

en el Parque Hundido. Ahí está la tropa en posiciones de combate. La marcha estaba autorizada hasta ese punto. La manifestación no intenta romper esa frontera. La columna avanza con orden. Los gritos son moderados al principio, aunque van en aumento a cada cuadra. Los estudiantes ganan en confianza: se ven a sí mismos, con cierta sorpresa, como una fuerza inesperada. Y lo también inesperado, sienten que cosechan simpatía de la gente en las banquetas y en las ventanas. La lluvia no logra desbaratarla. No es una manifestación tan estruendosa ni tan festiva como otras. Se grita de repente un “Goya”, la porra universitaria de uso deportivo, con gran entusiasmo; pero cada vez que sucede sigue después, inmediatamente, un “Güelum”, la porra politécnica. Gritos de batalla contrarios que, sin embargo, ahora se corean por las mismas voces, con el mismo entusiasmo. Es la señal de una unidad entre adversarios que nunca se había visto.

La marcha regresó a Ciudad Universitaria sin contratiempos. Esos pocos kilómetros abrieron el camino al movimiento. La violación de la autonomía universitaria, las imágenes de soldados ocupando escuelas, fueron los límites inaceptables. La violencia del gobierno fue sufrida de igual manera por politécnicos y universitarios. El mitin final, de regreso en la explanada de Rectoría, festeja el triunfo de la protesta cantando un emocionado himno nacional. En unos días el himno adquirió un significado nuevo: lo entonaron los alumnos de la Voca 5 cuando el Ejército mexicano invadía su escuela, lo cantaban ahora los miles de manifestantes para concluir la protesta masiva. Cantar el himno era como un desafío: nosotros somos los mexicanos al grito de guerra.

El 5 de agosto hubo una nueva manifestación. Si la del rector abrió la puerta de la insurgencia universitaria, ésta abrió la insurgencia politécnica. Recorrió un camino inusitado: partió de Zacatenco, en el norte de la ciudad, llegó al Casco de Santo Tomás; fue una larga marcha que fue del Poli al Poli. La mayoría de los marchistas son politécnicos, pero también están presentes grupos de universitarios y de chapingueros y de normalistas. Otra vez sucede el grito de las porras sucesivas: truena un "Güelum", pero enseguida los mismos que gritaron el "Güelum" exigen un "goya": están estrenando una fraternidad que parecía imposible. El movimiento adquiere confianza, por segunda vez se contempla a sí mismo numeroso y combativo; cien mil marchistas repiten las consignas coreadas en la del rector e inventan otras. Los temas son los mismos: la violencia del gobierno, la existencia de nuevos presos políticos, detenidos en los días previos, la unidad estudiantil. Se incorporan con más frecuencia gritos de apoyo a los pueblos cubano y vietnamita, y de condena al imperialismo.

Las dos manifestaciones se parecían, se miraban en el espejo, se imitaban; estaban creando un estilo y un lenguaje. Se sumaban todas las escuelas superiores. Unificaban consignas. Se contagiaban la rebeldía.

Al día siguiente hubo una junta en Zacatenco. Llegaron representantes de muchas escuelas. Así nació el Consejo Nacional de Huelga, que en las semanas y meses siguientes sería más conocido por sus siglas CNH. En pocos días hubo una segunda y una tercera junta, y acudieron representantes de todas las escuelas. Estos eran electos en asambleas generales. De ese modo todas las huelgas reconocían y se reconocían en el CNH.

Las sesiones del CNH eran difíciles. Estaba compuesto por cientos de representantes, todos eran representantes legítimos y todos tenían algo que decir. A pesar de eso muy pronto se formuló el pliego de peticiones. Contenía seis demandas y fue conocido como “el pliego de los seis puntos”.

En unos cuantos días se había formado un movimiento estudiantil de masas de una magnitud nunca antes vista. Tenía proyección nacional. Sumaba a las principales instituciones de educación superior. Cien escuelas y cientos de miles de alumnos estaban en huelga indefinida. Habían hecho dos grandes movilizaciones, la del rector y la del Poli. Contaban con una dirección nacional, el CNH, y con un pliego de peticiones, los seis puntos. A sus demandas añadieron una condición que fue tan importante y tan significativa como los seis puntos: “diálogo público”.

Los seis puntos expresan la lucha contra el autoritarismo del gobierno materializado en las acciones de los granaderos y del Ejército en esos días, que repetían un patrón seguido en años recientes contra otros movimientos sociales. Dos de los seis puntos dan esa visión de más largo plazo: 1) Libertad a los presos políticos, y 2) Derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal.

Cuando se dice “presos políticos”, se piensa en primer lugar en los líderes ferrocarrileros que están en la cárcel desde 1959, entre ellos su máximo dirigente, Demetrio Vallejo. El segundo también tiene que ver con los presos políticos: los artículos referidos tipificaban el delito de “disolución social”, del que se acusaba a los dirigentes de movimientos que no se sometían las órdenes del poder. De “disolución social” estaban acusados no sólo los líderes fe-

rocarrileros, sino los de otros gremios, como los del movimiento médico de 1965.

Esos dos puntos descubrían la cara del régimen: su política represiva había sido una constante durante años. Los cuatro puntos restantes se referían a los hechos de julio: demandaban: 3) La desaparición del cuerpo de granaderos, 4) La destitución de los jefes policiacos Cueto y Mendiola, 5) La indemnización a las víctimas y 6) El deslinde de responsabilidades de los funcionarios del Gobierno.

El CNH convocó a una nueva manifestación para el 13 de agosto. El gobierno no se ha dado cuenta de que está ante un movimiento de características nuevas, y su respuesta es, al mismo tiempo, represiva y demagógica. En los primeros días del conflicto, mientras el rector Barros Sierra iza la bandera a media asta en Ciudad Universitaria, el presidente Díaz Ordaz pronuncia en Guadalajara el que será conocido como “el discurso de la mano extendida”. En su retórica grandilocuente dice: “Está tendida la mano de un hombre que ha demostrado que sabe ser leal. Los mexicanos dirán si se queda tendida en el aire o se ve acompañada de millones de manos que quieren restablecer la paz y la tranquilidad de las conciencias. Estoy entre los mexicanos a quienes más les haya herido la pérdida transitoria de la tranquilidad por algaradas sin importancia. A mí me ha dolido en el alma que se hayan suscitado esos deplorables y bochornosos acontecimientos”.

Se le escapa, sin querer, su visión de los hechos: para él se trata de “algaradas sin importancia”, los acontecimientos son “deplorables y bochornosos”. No intenta comprender los hechos, se contenta con disminuirlos y descalificarlos.

Los estudiantes, a través de una manta, respondieron al discurso de Guadalajara con una frase irónica y amarga: “A la mano extendida, la prueba de la parafina”. (La prueba que se hacía a un sospechoso para determinar si había disparado un arma de fuego.)

VIENTO EN POPA

¿Qué es una huelga? Otra cosa que una escuela vacía. Los estudiantes están ahí, la habitan, usan sus auditorios y sus salones, se reúnen, hablan de lo que pasa. Si no lo sabían ahora se enteran que es un tiempo de rebeldía en otros países. Si no lo sabían se enteran del Mayo francés y por primera vez oyen hablar de las barricadas en el barrio Latino. Si no lo sabían se enteran de la rebelión negra en Estados Unidos. Si no lo sabían se enteran de la guerra de Vietnam: lo piensan, circulan libros y revistas, lo ven en películas. Abundan los *cine clubes*. Oyen canciones desconocidas y ahora saben que vienen de la guerra civil española o de la *folk music* de Estados Unidos o de la tradición suramericana. Una escuela en huelga es una escuela en manos de los estudiantes. En pocos días se dan cuenta de que es un espacio libre y pueden hacer lo que quieran, y de que no se trata de un tiempo libre sino de un tiempo ocupado. Nunca habían habitado un territorio tan libre y a la vez... ¿cómo decirlo?, tan compartido, tan colectivo.

La del 13 de agosto es una gran marcha que va del Casto de Santo Tomás al Zócalo. Supera en tamaño a las del

rector y la del Poli. Su tamaño sorprende a todos, empezando por los estudiantes mismos. Nunca se habían atrevido a hablar de cientos de miles; ahora se atreven. El movimiento gana en confianza. Una multitud rebelde ocupa la plaza central, corazón político del país, y lo hace sin pedir permiso. Encabezaba la Coalición de Maestros con una gran manta: "Los profesores reprobamos al gobierno por su política de terror".

El movimiento reitera que su lucha es por libertades democráticas. Es pacífico y es legal: defiende la Constitución. Más allá de los seis puntos y de su contenido formal, está naciendo un estilo de protesta: festiva, irreverente y radical. Se estrenan consignas. Se toman frases del Mayo francés ("todos somos judíos alemanes") y de la revolución cubana ("Con la OEA o sin la OEA/ ya ganamos la pelea"). El Che Guevara lleva unos meses de muerto y ya es símbolo mundial de rebeldía: su imagen aparece pintada (en la versión de la fotografía de Korda) en carteles y mantas; a partir de entonces será parte integrante del movimiento. La manifestación es emocionante: al pasar frente a oficinas de periódicos brota el viejo grito: "¡Prensa vendida!". Al entrar a la calle angosta que conduce al Zócalo la temperatura sube, las ventanas aplauden y hacen señas de apoyo, y sonríen. "¡Únete pueblo, únete pueblo!" Hay una nueva comunidad entre los estudiantes rebeldes y la gente que los mira. La llegada a la plaza es de triunfo. Acaban de realizar una gran manifestación.

Agosto es la primavera del movimiento. Sus consignas inundan la ciudad. La prensa no puede ignorarlo, aunque sólo da cuenta de él para descalificarlo. Habla de los "al-

borotos” y los “alborotadores”. Les atribuye intereses y padrinos nefastos. Son los tiempos de la prensa dominada por los boletines oficiales. Los periodistas no informan con libertad. El Gobierno controla a la prensa escrita a través de PIPSA, la empresa estatal que tiene el monopolio de la distribución del papel; no necesita reprimir a los periódicos, a los que se salen del huacal nada más les quita el papel o se los regatea. Así, la censura adquiere la forma más efectiva de autocensura.

Los estudiantes necesitan informar directamente a los ciudadanos, aunque la palabra “ciudadano” no estaba al uso. Tenían que informar al obrero, al pequeño comerciante, a la ama de casa, al marchante del mercado, al trabajador de oficina, al público de los cines. Tenían que informar a esa población que solía llamarse “el pueblo”, y para eso inventaron el antídoto a la “prensa vendida”: la brigada.

La brigada es un grupo de estudiantes que sale a recorrer la ciudad repartiendo volantes. Buscan los sitios naturales de concentración: mercados, calles comerciales, cines... O abordan camiones o se plantan frente una fábrica a la salida de los obreros. Elegido el sitio, hacen un “mitin relámpago”: uno de los brigadistas busca un lugar en alto y dice un discurso apresurado mientras los otros vigilan, reparten volantes y botean. Es “relámpago” porque tiene que ser rápido para salir corriendo antes que llegue la policía. El mitin relámpago es bastante efectivo, a pesar de que a veces hay corretizas y detenciones. Las brigadas salen por cientos de todas las escuelas. Se reparten miles de volantes. Su número es incalculable. En todas las escuelas hay mimeógrafos trabajando sin parar.

Por las noches esas mismas brigadas salen de “pintas”. Llevan pintura y brocha gorda, y buscan las paredes

más apetitosas para pintar una frase, cualquier frase, la que al pintor se le antoje; pero se repiten algunas: “apoyo a los seis puntos”, “exigimos diálogo público”, “libertad Vallejo”, “no represión”... y siempre con la firma al final: CNH.

También pintan camiones de pasajeros, lo que hace que la consigna viaje al menos una vuelta antes de que la borren, y se pinta otra vez en una batalla interminable... Así, con palabras pintadas a la carrera, con miedo a veces de que apareciera una patrulla, los estudiantes decoran la ciudad, y los seis puntos y el CNH son conocidos por todo mundo. Seis puntos, CNH, diálogo público... Seis puntos, CNH, diálogo público... Seis puntos, CNH, diálogo público... No represión, libertad presos políticos, CNH... No represión, libertad presos políticos, CNH... No represión, CNH, libertad Vallejo...

Los mimeógrafos trabajan a todo tren. Los encargados se hacen expertos en su mecánica: andan manchados de tinta hasta los pelos, hay estopa y hojas manchadas tiradas en el suelo, pero los mimeógrafos no paran. Se necesita papel y tinta... y estenciles. Alguien debe “picar” los estenciles en una máquina de escribir a la que se le ha quitado la cinta. Alguien redacta los volantes. Con una guillotina se cortan las medias cuartillas. En el salón-taller se van amontonando los paquetes de volantes. Generalmente se utiliza papel revolución; es el más barato, pero también más poroso y chupa más tinta. También a veces se utiliza papel bond, es más fino, más blanco y más caro.

Las brigadas llegan temprano en la mañana, o temprano en la tarde, o temprano a cualquier hora, y se los llevan a la calle y los reparten. También hay que fabricar botes para pedir la cooperación económica al respetable

público. Esa tarea es fácil, sólo hay que pintarlos de rojo y negro, ponerle las siglas del Consejo Nacional de Huelga, y hacer una ranura en la tapa. Los que se llevan los volantes agarran también un bote que regresan pesado, lleno de monedas de cobre de veinte centavos, o tostones, de cincuenta.

El linchamiento mediático del movimiento no tiene éxito porque las brigadas son un medio de contra-información muy efectivo.

Las mujeres están en todo, cada vez con más naturalidad y soltura, y quizá con más urgencia que sus compañeros.

La "actividad reina" de la escuela es la asamblea general. Es casi permanente. La asistencia es variable, pero el auditorio nunca está vacío; los asistentes entran y salen. En los momentos graves el auditorio está a tope y nadie se mueve. Se habla mucho. Se repiten las mismas cosas. Es también, sin proponérselo, una escuela de oratoria. Se crea un estilo que contrasta con la oratoria engolada, solemne, retórica, ensayada por años en los concursos de la Facultad de Derecho, y habitual en las campañas priístas. Nace una oratoria radical y llana. Todo se somete a votación. Con frecuencia se vota. Se pide concreción a los oradores que suelen extenderse demasiado. La palabra "concretito" se usa a menudo para exigir que se vaya al grano. Se hacen análisis muy complicados que no siempre son seguidos por un auditorio distraído. Cuando empieza, la asamblea no sabe qué hará el movimiento. Cuando termina tampoco. Una manifestación. Un pronunciamiento. Una comisión de redacción. Sacar todas las brigadas que sea posible. Ir a las fábricas porque, aunque ella no lo sepa, la clase obrera es nuestra principal aliada, o debe serlo, o queremos que sea.

Ir a los cines y dejar las hojas en las butacas (los cines eran grandes y las funciones baratas, el boleto costaba cuatro pesos en las funciones de estreno y estaban los aún más baratos programas dobles y triples; había que hacer colas, a veces largas, frente a las taquillas). Ir al pueblo. Los mercados son el sitio favorito de las brigadas. Alguien siente la necesidad urgente de contar en la asamblea la experiencia de su brigada en el mercado de San Ángel, la buena recepción, la cantidad de cosas que les regalaron los marchantes, la pintoresca imagen de los brigadistas cargados de naranjas y papas y zanahorias... La cocina de la escuela está llena... Se come bien en la huelga gracias a los locatarios de los mercados... Por supuesto alguien tiene que cocinar, también para eso hay comisiones. Paco Ignacio Taibo II recuerda lo que podía comerse: por ejemplo: "Menú para el comedor colectivo Nguyen Van Troi, Facultad de Ciencias Políticas, primeros días de agosto del 68, cocinan una maoísta, una democristiana de izquierda, un troskista, dos guevaristas de minifalda. De beber: agua de jamaica; de comer: caldo de pollo, papas hervidas con sal; de postre plátano. Duración del menú sin variaciones: cuatro días, hasta que se acabe lo que nos regalaron los locatarios del mercado de Mixcoac".

Las asambleas a veces son caóticas, se necesita hablar de muchas cosas. La mesa pide concreción a los oradores: no se disperse compañero, sea concretito por favor, eso no está en la orden del día, moción, moción de procedimiento, el compañero ha pedido una moción, es que el compañero está tocando un tema que debe tratarse en asuntos generales, los oradores insisten a pesar de las mociones, esto es importante compañeros, y relata la experiencia extraordinaria que la brigada tuvo en la refinería de Azcapotzalco,

o la ocurrencia que alguien tuvo de arrojar volantes desde el balcón del Cine Gloria cuando terminaba la película, de cómo la gente recogía los volantes y se ponía a leerlos. Las asambleas son frecuentes y caóticas, pero mágicamente, logran votar el acuerdo que se necesita y que los representantes llevan al CNH. Sí, que se haga la manifestación propuesta para el 13 de agosto. Sí, que parta del Casco de Santo Tomás y termine en el Zócalo. Que se formen las comisiones. La asamblea ha terminado, podéis ir en paz, por lo pronto.

La manifestación del 13 de agosto tiene consecuencias expansivas. El movimiento ha dado un salto. Universidades de provincia se suman a la huelga. Universidades privadas, inopinadamente, también hacen paros. La iberoamericana ya lo había hecho, ahora lo hace la Universidad del Valle de México. La Universidad de Oaxaca se va a la huelga. El Conservatorio Nacional de Música se suma al CNH.

Actores políticos se pronuncian: el PAN reprende al Gobierno por no salirse de su versión primitiva de que se trata de una conjura comunista, lo que le impide reconocer lo que está a la vista: un amplio movimiento de inconformidad estudiantil.

Los de agosto son los mejores días del movimiento. No sólo tiene una abrumadora presencia nacional, sino que recibe mensajes de solidaridad internacional de organizaciones y grupos de lo más diversos. El control mediático de la prensa ha sido vencido por multitud de brigadas y por la manifestación del 13 de agosto. No pudo el Gobierno hacer invisible al movimiento ni transvestirlo de complot comunista. Los domingos 18 y 25 de agosto hay festivales

artísticos en la explanada de Rectoría de Ciudad Universitaria y en la “Plaza roja” de Zacatenco. También hay actividades en los grandes auditorios: el Justo Sierra de Filosofía, rebautizado esos días como Auditorio Che Guevara, y el auditorio mayor de Zacatenco, conocido como El Queso.

Brigadas recorren la Alameda Central, la Alameda de Santa María, la Plaza de Santo Domingo y el Bosque de Chapultepec, lugares de paseo dominguero de la gente del pueblo.

Todos los días de esas dos semanas, en los edificios escolares hay una actividad desaforada. Si la imaginación no ha tomado el poder, al menos ha hecho de los espacios escolares auténticas “zonas liberadas”. Todas las propuestas son bienvenidas. Se programan exhibiciones de cine, conciertos, conferencias. Se habla de otros movimientos, de otras historias. Maestros y padres de familia hacen reuniones donde discuten formas de participar y apoyar las iniciativas del CNH.

El movimiento disfruta su primavera. El gobierno es incapaz de frenar la ola, su lenguaje está gastado, es estéril. Sus discursos son de aserrín. La manoseada versión de la conjura no explica nada ni convence a nadie. Su intento de simular un diálogo con la FNET, organización que ha perdido toda influencia, fracasa. La Secretaría de Gobernación declara que siempre ha estado dispuesta a dialogar con los estudiantes, pero prevalece la cerrazón. Mantiene en la cárcel a decenas de estudiantes detenidos en esos días.

La manifestación del 27 de agosto representa el momento álgido. Es la marcha opositora más grande de la historia del país hasta ese día. Sale del Museo de Antropología y se

dirige al Zócalo. El número más citado es de 400 mil marchistas. Pero más importante que el número es el ánimo. El movimiento ha ido en ascenso continuo. Ha pasado un mes desde la represión del 26 de julio, y lo que era una protesta por la violencia policiaca, se ha convertido en otra cosa, en una protesta con un significado más profundo, difícil de explicar. Es la rebelión juvenil frente a un estado de cosas insatisfactorio, contra una visión del mundo acartonada, contra una democracia inexistente, contra el presidencialismo, contra el poder vertical inapelable, contra el influentismo y la corrupción, contra la simulación, contra la demagogia, contra las desigualdades sociales... La rebelión no formula sus motivos más profundos, no los explica programáticamente, pero los contiene. Sólo muestra la punta del iceberg. Los seis puntos y la exigencia del diálogo público representan la punta visible de una crítica que va más allá de los excesos policiacos. Lo que están haciendo los estudiantes en sus escuelas es ejercer una libertad que desconocían, es criticar lo que parecía inamovible; es el descubrimiento de la vida igualitaria. Lo que han hecho los estudiantes en sus escuelas es criticar la conformidad, la solemnidad. Han subvertido la vida cotidiana. Han encontrado una identidad con la rebeldía juvenil mundial. Las frases pintadas en las paredes, las ideas expresadas en los volantes y los pequeños discursos callejeros, son su manera de apropiarse del lenguaje modificándolo. Apropiarse de las palabras sin limitaciones de "lo correcto" (lo aceptable socialmente, lo bien visto por sus mayores), es su manera de ejercer su libertad. Eso es lo que ha ocurrido en un mes. Está sucediendo un cambio mental tumultuoso. No postularon la libertad, empezaron a ejercerla sin pedir permiso.

Por eso la manifestación del 27 de agosto es mucho más que una muestra de fuerza cuantitativa. Sí, esta manifestación es la más grande, pero también el movimiento ya es otro.

Hay una nueva “normalidad” en el *campus*. A nadie se le ocurre que las mujeres deben ocuparse exclusivamente de las tareas como la cocina o la limpieza. Y si alguien lo piensa abandona rápidamente la idea. Las muchachas participan en todo, ni más ni menos que sus compañeros. Son brigadistas, hablan en las asambleas, operan el mimeógrafo, incluso algunas se quedan a las guardias nocturnas, lo que días atrás era impensable. Los nuevos noviazgos, nacidos en esos días densos, son más libres. Hacer el amor y hacer la revolución es un binomio asumido más allá de la frase del Mayo francés: “mientras más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución”, y la misma frase en el espejo: “mientras más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor”. Son tiempos en los que se empieza a difundir el uso de la píldora anticonceptiva, lo que representa un asidero para la libertad sexual. Las jóvenes universitarias, cada día más, piensan en la igualdad y la reclaman. También está cambiando la relación con los maestros, sobre todo con los que se sumaron al movimiento y participan en la Coalición de Maestros, el organismo magisterial más representativo. No lo saben todavía, pero están abandonando la corbata. Se hablan de tú con sus alumnos.

Esa “nueva normalidad” es campo propicio para propuestas imaginativas. Alguien propuso repartir volantes mediante globos que se elevan con aire caliente y, si no se queman, caerán quién sabe dónde, volantes repartidos al azar. La ejecución no fue muy efectiva, pero sí fue muy festejada. O la de convertir a los perros callejeros, amigos de

la huelga, los que se habían convertido en mascotas de las guardias, en brigadistas, por la vía de colocarles un chaleco con depósitos de volantes. Tampoco fue efectiva, creo, pero sí muy festejada.

En medio de discusiones cotidianas se habla cada vez más de “movimiento estudiantil-popular” y menos de “movimiento estudiantil”. Es más un deseo que una realidad pero hay elementos que lo justifican; hay algunos pronunciamientos de sindicatos, como el del SME, o grupos obreros que se acercan a declarar su apoyo, en especial petroleros y ferrocarrileros. Es frecuente que se realicen asambleas de padres de familia. También hay grupos populares que han pedido apoyo a sus causas inmediatas, como el de los campesinos de Topilejo. (Pero esa historia empezó más tarde, en septiembre y todavía estamos en agosto.)

En esa “nueva normalidad” de las escuelas en manos de los estudiantes se organizan conferencias sobre los temas más diversos. Los favoritos son: la guerra de Vietnam, la Revolución cubana, la guerrilla latinoamericana, el Partido de los panteras negras, el Mayo francés, el movimiento estadounidense contra el reclutamiento militar, el movimiento ferrocarrilero de 1958, el magonismo, el asesinato de Rubén Jaramillo en 1962, el asalto al cuartel de Ciudad Madera en Chihuahua en 1965, el movimiento médico – también del 65. Algunos son debates a los que asisten unos cuantos, otros tienen gran asistencia.

Son más éxitos los conciertos musicales. Descubren la música latinoamericana. La canción más emblemática: *Que vivan los estudiantes*, de Violeta Parra, es adoptada de inmediato por el movimiento. La canción es un elogio a la

juventud rebelde, por ser rebelde y por ser alegre. “Qué vivan los estudiantes porque son la levadura/ del pan que saldrá del horno con toda su sabrosura.” Los jóvenes sesentayocheros se están enamorando de sí mismos, de sus acciones, de su espíritu justiciero, de su causa. No hay modestia: “¡Caramba y zamba la cosa/ que viva toda la ciencia!”.

Esta “nueva normalidad” de la vida estudiantil tiene un efecto que va más allá del *campus*. Nuevas ideas se discuten en las sobremesas familiares. Los padres de familia se oponen o apoyan o ninguna de las dos cosas, pero escuchan y opinan.

La marcha del 27 de agosto, la más grande, es la cúspide del movimiento. La cresta de la ola. Los contingentes son alegres, llenos de cantos y bailes. Las consignas recogen, de manera dispersa si se quiere, todos los contenidos de la revuelta. “Ho-Ho-Ho Chi Minh/ Ho-Ho-Ho Chi Minh” y “Che-Che-Che Guevara/ Che-Che-Che Guevara” son las consignas que cambian el ritmo de la caminata, el paso se acelera, se convierte en trote festivo, termina en carrera desenfrenada, se controla, se detiene y vuelve la caminata pausada. Es un juego. La manifestación es una fiesta callejera, un carnaval improvisado.

La marcha que recorre el Paseo de la Reforma va generando confianza y entusiasmo. Se sabe a sí misma gigantesca. A veces camina solemne, pero más veces brinca y baila. Cuando entra a la calle angosta que desemboca en el Zócalo, la columna se aprieta, los gritos rebotan en las paredes, las ventanas se asoman y aplauden. A esas alturas del recorrido, más que un combate parece un desfile victo-

rioso. Más que una batalla, una fiesta. La entrada al Zócalo es apoteósica. Se prenden antorchas que son cartulinas o periódicos enrollados. Las campanas de catedral repican. La plancha de cemento está llena. Los oradores arengan trepados en un camión del Poli. Ha sido una gran jornada. El movimiento se siente contento consigo mismo. Ha ocupado el Zócalo con sus antorchas prendidas y con el sonido de las campanas. Pero el día aún no termina...

Uno de los oradores trepado en el camión del Poli propone que permanezca en la plaza una guardia permanente de miles de estudiantes para exigir que ahí mismo se establezca el diálogo público con el presidente. Que se imponga el diálogo público. Que no pueda eludirlo. Los oyentes, entusiasmados, aclaman la propuesta. El mitin se disuelve, pero ahí se quedan varios miles en la llamada "guardia permanente". El Zócalo está poblado aquí y allá por grupos de distintas escuelas. Algunos prenden fogatas y se sientan en torno a ellas. La noche es fresca. Hay guitarras y jorongos y corridos de la Revolución. Es como un gran *set* de cine que reproduce escenas vistas en la pantalla: los revolucionarios con sus armas en reposo, después de la batalla, esperando que la noche pase.

La propuesta del "plantón" (la palabra no se había inventado, por eso se le llamó "guardia permanente"), vino de un miembro del CNH de nombre Sócrates Campos Lemus. Para muchos era una provocación. Meses después se dio por cierto que Sócrates era un agente del Gobierno. Pero, provocación o no, el caso es que los que ahí se quedaron representaban el ánimo predominante. El triunfo que fue la manifestación de ese día, hizo que el movimiento se desbocara; que pecara de soberbia; el imperdonable pecado de soberbia.

La guardia se proponía permanecer ahí hasta el primero de septiembre, día del informe anual que el presidente daba al Congreso de la Unión. El presidente tendría que pasar por ahí y entonces estaría obligado a dar la cara a los estudiantes y se concretaría el diálogo. Era demasiada pretensión. Quienes creyeron que eso sería posible habían quitado los pies de la tierra. El movimiento era fuerte, pero no tanto como para imponer algo así al presidente en tiempos del presidencialismo más férreo.

En aquellos años el informe presidencial no era cualquier cosa. Era la gran fecha del presidente. El día que se festejaba el presidencialismo. Era día inhábil para que los ciudadanos pudieran oír el informe a través de la radio o la televisión que, por supuesto, se enlazaba en cadena nacional. La ceremonia era en la Cámara de Diputados, en la calle de Donceles, a unas cuadas del Zócalo. Asistían además de los diputados y senadores, los miembros del gabinete e invitados especiales. El discurso era larguísimo, y el 90 por ciento de su contenido, aburridísimo. Informaba de las maravillas que había logrado su gobierno. Las cifras interminables: tantas escuelas, tantos kilómetros de carretera, tantas presas monumentales, tantos desayunos escolares (ahí se aplaude rabiosamente a la primera dama que se encontraba en un palco, el camarógrafo la localiza, los asistentes se ponen de pie), tantos hospitales. En suma, un discurso previsible, aburridísimo y larguísimo, pero interrumpido a cada rato por andanadas de aplausos de legisladores e invitados.

Al final, tras “la respuesta” a cargo de un diputado, que normalmente no era sino un elogio de lo que acababa de escuchar, el presidente salía con las manos en alto... y

en la calle lo esperaba el pueblo, eufórico, para aclamarlo. Emprendía el recorrido, a pie o en carro descubierto, que lo llevaba a Palacio Nacional, es decir al Zócalo. En ese pequeño recorrido por las ventanas y los balcones se desbordaba el entusiasmo popular. El confeti llenaba el aire a lo largo de todo el recorrido. “Gracias, señor presidente”. La imagen del confeti enmarcando su rostro sonriente daba la medida del cariño del pueblo, de su entrega total, de su apoyo franco, de su reconocimiento y admiración interminables... Gracias, señor presidente... Gracias...

Ésa era la gran fiesta, ceremoniosa y tradicional, que el movimiento pretendía interrumpir con su guardia permanente en el Zócalo. Ni más ni menos.

La noche del 27 de agosto, instalada la guardia permanente en la plancha del Zócalo, en eso que parecía un *set* cinematográfico con fogatas y canciones, los estudiantes se disponían a esperar al presidente para obligarlo al diálogo público.

De pronto, a la media noche, tronaron los altavoces: “Están violando la Constitución...” era la voz de un mando militar. Apenas terminada la advertencia, sin dejar tiempo para nada, se abrieron las puertas del Palacio y salieron los tanques acompañados de la infantería que avanzaba a bayoneta calada... El avance lento, como dando tiempo al repliegue...

La plaza fue desalojada en pocos minutos. Los estudiantes no presentaron resistencia, tampoco se apresuraron, salieron caminando, noctámbulos, perseguidos, hacia el oeste, por la misma vía por la que habían llegado; se convirtió en una manifestación al revés, dispersa, con algo de aprehensión y mucho coraje... Escaramuzas de resistencia en la

retirada que se alargaron hasta pasadas las dos de la mañana... Gritos y consignas y el rabioso canto del Himno Nacional... Siempre salía el Himno en situaciones extremas... Y se fueron... Algunos a sus casas, otros a sus escuelas.

El día que había sido de magnífico triunfo acabó con el sabor amargo del desalojo, del Ejército en las calles, de un poder artero que se impone... Los tanques sobre la plancha de cemento del Zócalo.

A la plancha de cemento del Zócalo llegaron los trabajadores de limpia. Barrieron y regaron como siempre hacen, y en pocas horas estaba todo limpio. También quitaron la pequeña bandera rojinegra que los estudiantes habían izado en el asta central. Pero algún estratega del gobierno pensó que el asunto de la banderita rojinegra podía utilizarse en su favor. Consiguieron otra bandera rojinegra, mejor hecha y más grande, y la instalaron de nuevo. Dijeron entonces, indignados, que los estudiantes habían agraviado el lábaro patrio, y a la Patria toda, al poner en su lugar un trapo ajeno. Ello, pensaron, debería llenar de indignación al pueblo. Y sin perder tiempo convocaron a un "mitin de desagravio". En unas cuantas horas concentraron a empleados de las oficinas de Gobierno. Llenaron buena parte de la plaza. Hubo discursos contra los anti mexicanos que habían ofendido a la Patria. En la ceremonia bajaron la rojinegra e izaron la tricolor.

Pero en el acto mismo los burócratas acarreados empezaron a gritar, al principio tímidamente, después con más decisión, que habían sido acarreados como borregos, imitaban el "bee-bee-bee" y repetían "somos borregos", "somos acarreados". La indignación que el Gobierno esperaba cam-

bió de signo. No ofendía la bandera ajena, ofendía el acarreo, la manipulación, la demagogia. El acto anti estudiantil se convirtió en un acto de repudio al Gobierno. Y como el mitin cambió de signo, los tanques tocaron por segunda vez en menos de 24 horas la plancha del Zócalo, embistieron a los burócratas convocados, y deshicieron el mitin. Sucedió lo increíble: los acarreados fueron reprimidos.

Llegó el primero de septiembre y el informe presidencial, igual que los de los años anteriores: fue un largo y tedioso recorrido por la obra monumental y admirable de un año de gobierno. El autoelogio fue aplaudido con rabia por los hombres ceremoniosos de traje oscuro. Al final llegó el “mensaje político” y en él la amenaza directa al movimiento. Habló de los intereses perversos y antimexicanos, de los desórdenes inexplicables de jóvenes inspirados en ideologías exóticas, (“los filósofos de la destrucción”), y profirió una amenaza directa: “Agotados los medios que aconseja el buen juicio y la experiencia, ejerceré, siempre que sea estrictamente necesario, la facultad contenida en el Artículo 89, fracción cuarta, de la Constitución General de la República (...) (Son facultades del presidente): *disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente, o sea del ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea para la seguridad interior y defensa exterior de la Federación* (...) No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos”. Los de traje oscuro aplaudieron rabiosamente a su jefe. La amenaza represora llegaba cuando el Ejército ya había salido a las calles a reprimir a los estudiantes, pri-

mero en los días finales de julio, después, en los días finales de agosto. La amenaza debía tomarse en serio: “hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos”.

La balada de Topilejo

El 3 de septiembre en un paraje llamado El caracol se volteó un camión y murieron 24 pasajeros. No era el primer accidente en la carretera Topilejo – Xochimilco. Las condiciones del camino, los autobuses destartados y los choferes imprudentes provocaban continuos incidentes que la gente sufría y denunciaba. Pero éste desató indignación y rabia. Hicieron como hacen los pueblos cuando hay sucesos graves: repicaron las campanas de la iglesia y se reunieron en asamblea. No podían quedarse tranquilos cuando había muerto tanta gente por la culpa de los dueños del negocio de los camiones. Destituyeron a sus autoridades ejidales y expulsaron al delegado de la CNC. Decidieron también secuestrar camiones y no devolverlos hasta que se indemnizara a los deudos, se pagara la atención médica de los heridos y se ofreciera un transporte seguro. Otros pueblos también participaron en la toma de camiones. Retuvieron más de treinta unidades.

Los habitantes de Topilejo fueron a la Universidad a pedir ayuda. Llegaron brigadas estudiantiles de las escuelas de derecho, medicina y economía. Ofrecieron su apoyo en las tareas inmediatas. Hubo una relación estrecha y cálida entre estudiantes y campesinos. Se quedaron a vivir en el pueblo. Daban asesoría en asuntos jurídicos, atención médica y odontológica, en técnica agrícola y veterinaria. El pueblo les daba de comer y les consiguió dos casas donde quedarse. Los estudiantes las llamaron Villa Flores Magón y Quinta Rosa Luxemburgo.

En las escuelas se difundió el movimiento de Topilejo, sus causas y sus demandas. Los campesinos acudieron a los mítines y manifestaciones de los estudiantes.

Los pueblos de la zona se habían quedado sin transporte. No había modo de llegar a Xochimilco, a donde tenían que ir diariamente a trabajar o a vender sus productos. Tenían que bajar a pie o a caballo. Entonces los estudiantes les llevaron camiones de la Universidad y dieron el servicio.

La policía buscaba a los brigadistas que recorrían los pueblos. Los pueblos idearon un sistema para advertir de la presencia policiaca. Tiraban dos cohetones si la policía andaba por San Pablo; o tres cohetones si se aparecía en Santa Cecilia; o cuatro cohetones si buscaban en Topilejo. Así protegieron a los estudiantes, que nunca fueron localizados.

Los estudiantes comían bien. Les preparaban grandes cazuelas de frijoles, les llevaban tortillas recién echadas, y canastas de pan horneado. Tenían dónde dormir, aunque fuera en petates, y les acercaban unos sarapes. Hace frío en Topilejo. Por las mañanas caminaban entre las milpas. Era tiempo de elotes. Explicaban su movimiento y hablaban de los motivos del movimiento, del autoritarismo del gobierno y de las ideas de Zapata. Los camiones de la Universidad daban el servicio continuamente de Topilejo a Xochimilco.

Estudiantes de derecho acompañaron las negociaciones con los dueños de los camiones. Fue una luna de miel entre estudiantes y campesinos. Una luna de miel que duró dos semanas.

El 15 de septiembre llegó la noticia a Ciudad Universitaria: El pueblo de Topilejo había ganado la batalla.

Consiguieron indemnizaciones para las familias de los muertos y los heridos, y compromisos de mejores camiones y mejor servicio. Lo festejaron esa noche del grito. En Topilejo el grito lo dio un estudiante de Economía, José del Rivero, que además de los vivos a los héroes de la Independencia, añadió Viva Zapata y Viva Rubén Jaramillo.

Cuando el 18 de septiembre el Ejército invadió Ciudad Universitaria, unas grúas de la policía llegaron a Topilejo para llevarse los camiones universitarios. Volvieron a repicar las campanas de la iglesia y en unos minutos se juntaron cientos de hombres y mujeres del pueblo para defender los camiones que les habían prestado los estudiantes. Bloquearon el camino con tabicones y ladrillos, y las grúas de la policía regresaron por donde vinieron. Semanas después el pueblo devolvió los camiones a la Universidad.

Tras lo sucedido el 2 de octubre en Tlatelolco, la gente de Topilejo mandó decir dos misas por los estudiantes muertos. (Video: Testimonio del 68, Topilejo, de Luisa Yonuen García Fuentes. FES Acatlán, 2012) (Antonio Vera: La jornada del Campo, 14 de octubre de 2008.)

EL CIELO ESTÁ ENCAPOTADO

No se podía ignorar la amenaza. Los estudiantes habían vivido su primavera en agosto. El movimiento había navegado viento en popa, había crecido en todos los sentidos, había ganado la simpatía de la gente de la calle; los seis puntos y las siglas CNH se veían por donde quiera, y estaban presentes no sólo en los espacios públicos, sino en las casas de mucha gente. Había agitado las mentes adormiladas de los padres de familia. Había sufrido la represión policiaca y militar en los últimos días de julio y logrado sortear las agresiones de agosto. Había mantenido una confrontación imaginativa con la prensa, la radio y la televisión, mediante las brigadas, los volantes, las pintas, los mítines relámpago en los mercados y en las banquetas. Había llegado a su cúspide el 27 de agosto con una gran, insuperable, manifestación; había iluminado el Zócalo con antorchas y hecho sonar las campanas de catedral. Luego había tenido la mala idea de instalar una guardia permanente que fue desalojada con tanques y tropa. Había tenido su pequeña revancha con el mitin del desagravio en el que sucedió la paradoja: “los acarreados serán reprimidos”.

Y luego llegó la amenaza del informe presidencial. Amaneció septiembre cubierto de nubarrones. En los auditorios se discutía. ¿Qué hacer ahora? Había la sensación de que no podían seguir igual, tomando las mismas medidas, haciendo las mismas cosas. Había la sensación de que se necesitaba algo nuevo.

Las asambleas se hacían permanentes. Los discursos se hacían largos. Las brigadas salían menos. El entusiasmo y la alegría estaban un poco apagados. En el CNH se hizo la propuesta de algo novedoso: una manifestación silenciosa. ¿Silenciosa? ¿Ese movimiento que había sido el grito?

¿Por qué silenciosa? Porque eso respondía a la acusación de que era un movimiento de revoltosos, indisciplinados, que buscaban el borlote. Que sembraban el escándalo en medio de una sociedad tranquila.

En su informe del primero de septiembre el presidente había acusado al movimiento de estar manejado por intereses extranjeros, de que el movimiento estudiantil mexicano era una “imitación extralógica” de movimientos juveniles de otros países del mundo que correspondían a otra realidad. Que dominaba lo “no mexicano”. Que marchaban llevando íconos extranjeros, como El Che, como Ho Chi Minh, como Camilo Torres, como Martin Luther King. (En realidad eran íconos, no extranjeros como alegaba el presidente, sino universales, que representaban batallas universales contra el colonialismo, la desigualdad, la discriminación racial, por la justicia.)

La manifestación silenciosa guardaría sus “íconos extranjeros”, descansarían el Che y Ho Chi Minh. En cambio saldrían los héroes nacionales. Así fue que los estudiantes buscaron en la historia nacional con quién identificarse, y

encontraron fácilmente a Emiliano Zapata, a Pancho Villa a Flores Magón. Pero no Carranza, no Calles, no Obregón. De la revolución mexicana de medio siglo antes, elegían a los suyos, los que representaban las vertientes populares y cargadas a la izquierda.

No a todos los estudiantes gustó la propuesta de una manifestación callada. No era lo que querían, sino al contrario, gritar, reclamar en voz alta los agravios sufridos. No querían el silencio. Pero la idea fue gustando. Era original, distinta, sorprendente. Era también un reto. Las asambleas acabaron aprobando la idea. Tenía además algo de poético. El silencio para que el Gobierno escuche lo que no ha querido escuchar. La mayoría votó a favor en el CNH, y así se convocó a la marcha del 13 de septiembre, que sería conocida como la manifestación del silencio.

Salió la marcha del Museo Nacional de Antropología, mismo lugar de donde partió la del 27 de agosto. Se empezaron a formar los contingentes, bajo la presencia protectora de Tlaloc. Empezó la caminata con cierto temor. Durante el día varios helicópteros sobrevolaron la ciudad arrojando volantes de advertencia; dirigidos a los padres de familia, conminándolos a no permitir que sus hijos acudieran a la manifestación; eso después de la amenaza del informe presidencial.

Extraña escena de arranque: jóvenes aguerridos que esta vez no gritaban, casi no hablaban o lo hacían en voz baja; no cantaban; no bailaban; era una manifestación bien distinta. Algunos se pusieron un espadrapo en la boca para subrayar que callaban para ser escuchados. Que callaban para demostrar algo, para enviar un mensaje de lo que era

el movimiento, que no era el escándalo lo que los movía, no era el deseo de agredir lo que los movía; el silencio hablaba de un movimiento pacífico. La violencia había venido de otro lado; del otro lado del conflicto: de la policía, del ejército, de los discursos del Gobierno; la violencia era anunciada por el informe presidencial. Era una manifestación estudiantil que parecía imposible. Y esta vez venían acompañados no del Che Guevara y Ho Chi Minh, representantes de la rebeldía juvenil del mundo, sino de héroes nacionales, también ellos rebeldes: Morelos, Zapata, Villa, Flores Magón.

Los contingentes, al principio pequeños, se fueron nutriendo a lo largo de las primeras cuadras de Reforma. Algunos, cautos, se habían dado cita en el Ángel de la Independencia, o más adelante, en la glorieta de Cuauhtémoc, o en el Caballito... A esas alturas, ya cerca de la Alameda, la columna era gigantesca, como la del 27 de agosto, quizá... Pero imponente de otra forma...

(Algunos comentaristas dijeron después que no fue "tan" silenciosa. No sé por qué. Yo la oí tremendamente silenciosa. Como una piedra. Como un bloque de cemento. Como un desierto. El silencio estaba también en la banqueta, entre los observadores. Un siseo, a lo mejor. Y aquí y allá, unos aplausos que se oían también distintos. Para mí fue un gran silencio. Se escuchaban los pasos. Eso se me grabó. Era una manifestación en la que se oían los pasos.)

Otra paradoja: el silencio le regresó la voz al movimiento... Y le devolvió el prestigio que creía perdido, la buena fama de imaginativo, inteligente y justiciero. Había reivindicado ser un movimiento disciplinado; había reivindicado la historia mexicana levantando las efigies de hé-

roes con los que podía identificarse. Y había con el silencio de cientos de miles de estudiantes, recuperado la iniciativa política. El gobierno se veía superado con una medida que nadie había previsto.

Los estudiantes volvieron a sus escuelas y éstas volvieron a ser centros de un activismo intenso. Otra vez las asambleas se llenaron y revivieron los debates interminables. El CNH reafirmó su legitimidad. El movimiento volvió a enamorarse de sí mismo.

El 15 de septiembre los estudiantes organizaron sus propias ceremonias del grito. A las once de la noche, a la misma hora que el presidente daba el grito en el Zócalo, uno de los dirigentes de la Coalición de Maestros, Heberto Castillo, daba el grito en Ciudad Universitaria en medio de una verbena en la que participaron miles de estudiantes y gente del pueblo.

El movimiento había declarado al gobierno una guerra de símbolos el 13 de septiembre cuando, en su manifestación silenciosa, eligió a los héroes nacionales con los que quería identificarse: Zapata, Villa, Cárdenas... Y de ninguna manera Carranza, Obregón o Calles. Había fracturado la galería de héroes. El Gobierno quería tenerlos a todos en el mismo costal como si fueran lo mismo. Todos como una misma familia. El Gobierno se reclamaba heredero de todos. El movimiento dijo no, no todos representan lo mismo, y eligió a los suyos.

En esa guerra de símbolos, el grito de la noche del 15 de septiembre era otro episodio significativo. En Ciudad Universitaria y en Zacatenco miles de personas acudieron a dar el grito. Para el movimiento era importante identificarse con la Independencia de México, porque había sido

acusado de extranjerizante y anti mexicano, de servir a intereses de otros países, de haber agraviado a la bandera. Dicen los que fueron al Zócalo que esa vez la ceremonia oficial estuvo desangelada. Lo cierto es que las de los estudiantes fueron masivas y alegres.

La tragedia de Canoa

El México rural fue tocado por el movimiento. El pueblo de Topilejo peleaba una causa propia y recibió el apoyo de universitarios sin condiciones; en respuesta sumó su simpatía y marchó con los estudiantes. En los días de septiembre asomó otra cara de ese mismo México rural: En el Estado de Puebla, en San Miguel Canoa, un poblado indígena de cinco mil habitantes, sucedió una tragedia cuyas víctimas fueron cinco jóvenes trabajadores de la Universidad Autónoma de Puebla. Iban a escalar una montaña, La Malitzin, y se detuvieron a pasar la noche en el poblado de San Miguel Canoa. Fueron hospedados por una familia campesina. El sacerdote católico Enrique Meza Pérez era también el cacique del pueblo: sumaba a su influencia religiosa el poder económico. Tenía buenas relaciones con el gobierno de Puebla y con el PRI. Casos así no eran raros en regiones de pobreza rural extrema. Controlaba la más vieja de las tres escuelas primarias, concentraba tierras, dominaba actividades como el transporte, ponía condiciones al comercio, imponía autoridades municipales. Era modelo de un caciquismo arcaico, y portador del más recalitrante lenguaje anti comunista. Durante semanas había advertido a los fieles que estudiantes demoniacos llegarían un día a imponer el comunismo, destruir su religión y robarse a sus hijos. Advertía que ese día estaba muy

próximo. Los estudiantes ya habían izado su bandera en la catedral de México: una bandera roja como el infierno y negra como el pecado.

En la noche tormentosa del 14 de septiembre llegaron los jóvenes de la Universidad de Puebla que no buscaban otra cosa que escalar La Malinche. Se hubieran seguido de frente pero una fuerte tormenta los detuvo, y quisieron pasar ahí la noche para empezar a subir la montaña temprano el día siguiente. Fueron vistos con hostilidad en la parroquia a donde fueron a pedir posada. El párroco se las negó. También acudieron al edificio municipal. Tampoco los recibieron. Venían de la Universidad. Ellos mismos lo dijeron. Se corrió la voz. Se cumplía la advertencia del cura párroco. Habían llegado los comunistas.

Los excursionistas habían conseguido alojamiento con una familia del lugar y pasaban la velada en plática con su anfitrión, Jesús García García, un campesino como todos, hablante de náhuatl, como todos en el pueblo. Su español denotaba que no era su lengua materna. Estaban ahí los visitantes. Estaba también la familia de Jesús, su esposa y sus hijos pequeños. Oían sonidos extraños afuera. Sonidos extraños a los que no daban importancia. Y luego sonaron las campanas de la iglesia. Pensaban que era por alguna otra cosa, que nada tenía que ver con ellos.

Las campanas repicaron porque el cura y sus gentes convocaban con urgencia a los fieles. Llamaban a defender a Dios y al príncipe San Miguel, el patrono del pueblo. La multitud se juntó y enfiló con antorchas encendidas a la casa donde estaban los extraños. Vienen a robarlos. Las autoridades civiles desaparecieron.

La multitud, irritada, llegó a la casa de Jesús García y la apedrearon. La casa estaba rodeada, no tenían escapatoria. El dueño de la casa quiso salir y hablar con la multitud enfurecida. Abrió la puerta y ahí mismo lo golpearon con una pala en la cabeza y lo mataron. Quedó tendido en la entrada de su casa. Entraron en tropel, con antorchas y machetes y algunos con armas de fuego. En la confusión la esposa de Jesús agarró a sus hijas y pudo salir por la puerta de atrás y alejarse. Sacaron a golpes a los cinco visitantes. A palos y machetazos los llevaban por la calle. Los gritos y las antorchas, y los golpes y el alcohol de viernes por la noche, acrecentaba el odio de la muchedumbre: eran comunistas enemigos de Dios, iban a robarse a sus hijos para entregarlos al demonio, iban a matar al cura párroco, era una causa santa. A uno de los visitantes le dispararon con un rifle en el pecho y lo dejaron muerto. A otro lo mutilaron con un machetazo. A otro, tirado en el piso enlodado, lo dieron por muerto, uno siguió de pie recibiendo golpes, uno había logrado huir. Finalmente llegaron ambulancias y policías y lograron sacar a los sobrevivientes, uno de ellos mutilado. Fueron horas de horror en San Miguel Canoa.

Mientras el movimiento había regresado con una medida imaginativa, la manifestación del silencio y reforzó su imagen la noche del grito, el gobierno no pensó en otra respuesta que la represión. El 18 de septiembre el ejército ocupó Ciudad Universitaria.

Una hilera larga de tanques y camiones entró por Avenida Universidad. Iban a gran velocidad. Minutos antes había llegado la noticia: el Ejército estaba alineado en las

calle aledañas. Muchas veces antes había habido ese tipo de rumores. Generalmente se ignoraban. Esta vez eran demasiadas voces de alarma. La invasión estaba en marcha. Serían las ocho o nueve de la noche. Había gran actividad en escuelas y facultades. En Economía el auditorio estaba lleno. En Medicina sesionaba el CNH. En Ciencias Políticas había una reunión de maestros y padres de familia. Mucha actividad en muchas escuelas. Asamblea también en Arquitectura. Voces de alarma se oían ya por todas partes. El Ejército está en la puerta. Hubo movimientos nerviosos, se disolvían las asambleas, la gente empezaba a salir a la carrera. Había sobre todo desconcierto. Algunos estudiantes se brincaban la barda que separa C.U. de la colonia Copilco; barda de dos metros y medio de altura. Una estudiante de Sociología salía por una de las puertas de Copilco cargando un pesado mimeógrafo, auxiliada por su novio, un antropólogo que la cortejaba y hacía volantes con ella. Algunos carros lograban abandonar C.U. en sentido contrario... porque los tanques entraban en sentido contrario.

Heberto Castillo, uno de los dirigentes de la Coalición de Maestros, corrió hacia el sur, hacia los amplios pedregales baldíos. Logró salir de la Universidad ocupada. La policía lo buscaba a él en especial, quizá por haber presidido la ceremonia del grito unos días antes. Había patrullas frente a su casa esperándolo. Encontró refugio en lugar seguro gracias a la intervención del general Lázaro Cárdenas.

Otros también corrieron hacia las áreas pedregosas y lograron escapar hacia el sur, por la desierta avenida Insurgentes. Los más, sin embargo, desconcertados, nerviosos, se agrupaban en las entradas o se dirigían a los estacionamientos. La directora de Economía permanecía en la

puerta de su escuela. (Poco después sería detenida y subida con los demás en un camión militar.) Los soldados actuaban con un plan preciso. Se dirigieron hacia las facultades más activas. Subieron a más de mil detenidos en los camiones militares. (Más de mil quinientos según el informe del propio Ejército.) Las fotos aparecieron al día siguiente en los periódicos. Se publicaron también largas listas de detenidos. La imagen que quedaría para siempre es la de los soldados con sus fusiles al hombro de guardia junto al emblemático edificio de la Biblioteca Central.

Una mujer de la Facultad de Filosofía se quedó todo el tiempo de la ocupación escondida en un baño de la Torre de Humanidades. En el cuarto piso. Durante esos doce días sobrevivió tomando agua del lavabo. Oía, aterrada, el ruido de los soldados en los pasillos, sus voces incomprensibles, como rumores, como amenazas. El tiempo se alarga, el temor permanece.

Alcira en el baño de mujeres de Filosofía y Letras.

El 18 de septiembre de 1968 el Ejército mexicano entró a Ciudad Universitaria. Ese día en la Facultad de Medicina se reunía el CNH y los pocos asistentes se quejaban de la insuficiente asistencia a una reunión que debía discutir el futuro inmediato de un movimiento que llevaba casi dos meses. Un joven se asomó a la reunión del CNH con la advertencia de que el Ejército estaba a las puertas de C.U.; al parecer no le creyeron y lo oyeron sin mayor interés porque era común que llegaran noticias alarmistas. En otro auditorio, el de Economía, se llevaba a cabo una asamblea con oradores interminables, y desde luego elocuentes, que hablaban de la revolución en curso no sólo en el país sino

en el mundo. Y otras reuniones en otros auditorios se llevaban a cabo. También había, según dicen, una asamblea de maestros y otra de padres de familia. Todos estaban muy preocupados porque el primero de septiembre, apenas unas semanas antes, el presidente Díaz Ordaz había amenazado con utilizar todas las fuerzas armadas para acabar con el movimiento estudiantil, y los diputados y senadores que lo escuchaban le aplaudieron estruendosamente.

En la Torre de Humanidades, según se supo después, una mujer uruguaya, pedagoga y poeta, de nombre Alcira, que había adoptado a la Universidad como su habitación y seguía con interés el desarrollo del movimiento, y era poeta y amiga de poetas, y en el mismo momento en que el Ejército entraba a la Ciudad Universitaria, ella entraba al baño de mujeres. Y escuchó ruidos muy raros y cuando se asomó a la ventana vio tanques y sombras de soldados por todos lados y cerró la puerta y se dispuso a resistir sola, en ese baño, la violación de la autonomía universitaria. Hay quien dice que ella era amiga de los poetas, y los admiraba y quería entrañablemente, en especial a León Felipe, poeta del exilio español. Y dicen que cuando Alcira se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, tomó el disco de poemas grabado con la voz León Felipe, y lo puso en los altavoces. Fue, entonces, León Felipe, leyendo uno de sus poemas, quien recibió a los soldados que avanzaban por los circuitos escolares en sus camiones y sus tanques. Suena a leyenda, pero tanto da. El poema que lee se titula Qué lástima:

¡Qué lástima

que yo no pueda cantar a la usanza

de este tiempo lo mismo que los poetas que hoy cantan!

¡Qué lástima
que yo no pueda entonar con una voz engolada
esas brillantes romanzas
a las glorias de la patria!

¡Qué lástima
que yo no tenga una patria!
Sé que la historia es la misma, la misma siempre, que pasa
desde una tierra a otra tierra, desde una raza
a otra raza,
como pasan
esas tormentas de estío desde ésta a aquella comarca.

¡Qué lástima
que yo no tenga comarca,
patria chica, tierra provinciana!
(...)

Imagino el asombro del soldado, hijo de campesino indígena, sureño quizá, entrando a un mundo desconocido, ajeno, de una arquitectura sorprendente, sobre todo el cubo ése, gigante, como forrado de dibujos de colores, que algo le recuerda a las figuras de su tradición. Lo imagino entrando con su fusil embrazado a bordo de un camión, pegado a otros soldados como él, cercanos a su idea de vida. ¿Qué les habrán dicho sus jefes antes de venir a ocupar la Universidad? ¿A quién venían a combatir? ¿Por qué? ¿Esto es defender a la Patria? ¿La Patria es también estos edificios admirables? ¿O les habrán dicho nada ateniéndose a la pura disciplina? Y en ese mundo ajeno, de arquitectura tan distinta, los recibe la voz cansada de un español, que dice cada tanto la misma frase: "Qué lástima."

Imagino el asombro...

¡Qué lástima
que yo no tenga una casa!
Una casa solariega y blasonada,
una casa
en que guardara,
a más de otras cosas raras,
un sillón viejo de cuero, una mesa apolillada
y el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla.

¡Qué lástima
que yo no tenga un abuelo que ganara
una batalla,
(...)

Imagino el asombro del soldado que no puede odiar a esos otros jóvenes como él, que salen asustados, irritados y no tratan de huir sino parecen buscar protección entre ellos mismos, y que en cierto momento levantan la mano haciendo la señal mágica, la "V" de la victoria, y en otro momento rompen a cantar el Himno Nacional, el mismo que es suyo, que aprendieron y cantan en el cuartel. ¿Les hicieron un discurso antes de venir? ¿Les hablaron de unos comunistas enemigos de la Patria? ¿Ésta es la Patria?

Porque... ¿qué voy a cantar si no tengo ni una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa
solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo que ganara

una batalla,
ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada?

¡Qué voy a cantar si soy un paria
que apenas tiene una capa!
(...)

Imagino a Alcira, que también tiene dos patrias, o sólo una que incluye las dos, que admira y quiere mucho a León Felipe, quien murió apenas esta mañana, 18 de septiembre de 1968. La imagino decidiendo poner el disco en los altavoces cuando empieza la invasión militar. La imagino asustada, cerrando la puerta del baño, asomada a la ventana para entrever las figuras de los soldados. La imagino tirada en el suelo. No sabe qué va a pasar, nadie lo sabe nunca, siempre llegan las sorpresas y entran por la ventana. No sabe por lo tanto que estará ahí once días, encerrada, durmiendo en el piso, alimentándose de no otra cosa que agua. No sabe que se convertirá en la representante poética de la resistencia. No entregarse a los soldados. Resistir hasta el desmayo.

Sin embargo... en esta tierra de España
y en un pueblo de la Alcarria
hay una casa
en la que estoy de posada
y donde tengo, prestadas,
una mesa de pino y una silla de paja.
(...)

Y a la luz de esta ventana
vengo todas las mañanas.
Aquí me siento sobre mi silla de paja
y venzo las horas largas

leyendo en mi libro y viendo cómo pasa
la gente al través de la ventana.
Cosas de poca importancia
parecen un libro y el cristal de una ventana
en un pueblo de la Alcarria,
(...)

¡Qué lástima
que no pudiendo cantar otras hazañas,
porque no tengo una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa
solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla,
ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada,
y soy un paria
que apenas tiene una capa ..
venga, forzado, a cantar cosas de poca importancia!

Puede que sea una leyenda (tiene el sabor de una leyenda), pero de todos modos me gusta imaginar que el Ejército mexicano cuando entraba a Ciudad Universitaria con el objeto de violar su autonomía, tuvo que avanzar escuchando la voz de León Felipe que lleva un día de muerto, leyendo su poema Qué lástima. Y que Alcira, en un acto de resistencia, puso ese disco para recibir a los invitados no invitados ni bienvenidos. Otros dicen que por las bocinas se oía el Himno Nacional. Puede ser.

Lo que no es leyenda es lo que pasó con Alcira, la poeta y pedagoga uruguaya durante los días siguientes. El

Ejército permanecía en el campus, y ella permanecía en el baño de mujeres, alimentándose de no otra cosa que agua de la llave, y cuando, finalmente, los soldados se fueron, ella no se dio cuenta porque estaba desmayada en el suelo del baño, y dicen que fue otro poeta quien la encontró moribunda y la regresó a la vida. Y se convirtió, Alcira, la poeta y pedagoga uruguaya, en símbolo de la resistencia. Lo que tampoco es leyenda es que veinte años después, Roberto Bolaño, el novelista chileno, la convirtió en personaje de su famosa novela Detectives Salvajes, y después en una novela dedicada sólo a ella, Amuleto, en la que la protagonista es Alcira, la poeta y pedagoga uruguaya que resistió la ocupación militar de la UNAM, encerrada en el baño de mujeres de Filosofía, y casi murió, pero aguantó y al fin los soldados se fueron y ella pudo salir del baño, con una extraña victoria en su biografía... biografía extraña, y fantástica.

No gustaron a nadie las imágenes que imprimió la prensa el día siguiente: tropa en la Universidad, jóvenes en fila india o tirados en el piso vigilados por soldados de casco y fusil, camiones militares cargados de estudiantes y maestros. Otra vez el Gobierno, con su reflejo autoritario, recurría a la solución militar. Y otra vez cosechaba condenas.

El Gobierno esperaba aplausos por su medida enérgica. Y escuchó a los que siempre aplaudían, los columnistas habituales, los repetidores de boletines de prensa, los voceros oficiosos. Pero fueron más los que condenaban, sobre todo la gente de la calle que criticaba en voz baja, o no tan baja. El Gobierno estaba seguro de que recibiría el apoyo entusiasta (o al menos obediente) de las autoridades

escolares (el rector, en primer lugar). Y esperaba el visto bueno de los padres de familia, que con toda seguridad recibirían con alivio el regreso a clases, la vuelta a la normalidad, el fin de los borlotes. No hubo nada de eso.

El rector Barros Sierra en lugar de seguir el libreto que le indicaba el presidente, prefirió renunciar.

El regreso del Ejército a las calles sacudió a la ciudad y al país. En numerosas universidades de provincia se llevaron a cabo actos de repudio a la toma de C.U. La prensa registró acciones en las universidades de Nuevo León, Yucatán, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí y Veracruz. En otros países hubo también manifestaciones y pronunciamientos de apoyo a los estudiantes de la UNAM: París, Nueva York, Montevideo, Lima, Guatemala...

El 23 de septiembre los granaderos intentaron tomar la Vocacional 7 (Tlatelolco), y las escuelas del Casco de Santo Tomás y de Zacatenco. Pero aquí sí hubo resistencia.

En el Casco los estudiantes resistieron durante todo el día. Desde las barricadas repelieron el ataque policiaco con piedras, bombas molotov y cohetones. Los granaderos no lograron doblegar esa resistencia. Entonces llegó el Ejército en la madrugada del día 24 y ocupó todos los planteles. Los estudiantes abandonaron apresuradamente las escuelas. Estas batallas contra la policía arrojaron un saldo sangriento: cuatro personas murieron: tres estudiantes, y una niña que habitaba en una casa vecina. Hubo numerosos heridos (estudiantes y policías), y decenas de detenidos.

En esos días hubo repetidas acciones que buscaban intimidar, provocar miedo. En horas de la madrugada, grupos de civiles armados desde automóviles en marcha dis-

pararon contra El Colegio de México, la Preparatoria 9 y la Vocacional 5.

El movimiento perdió sus espacios naturales de organización: sus escuelas, sus auditorios. Sin embargo las brigadas siguieron funcionando. Se les veía por la ciudad repartiendo volantes, y por todas partes aparecían muros pintados. Enfrentaban una actitud más agresiva de la policía, sucedieron persecuciones y hubo numerosos detenidos.

La Junta de Gobierno no aceptó la renuncia del rector Barros Sierra. El día 29 el Ejército se retiró de Ciudad Universitaria.

Ese periodo, entre el 18 de septiembre con la ocupación militar de C.U., y el 29 que finalmente se retiró, fue de gran incertidumbre. El gobierno había intentado disolver el movimiento con la ocupación de las escuelas, y mediante la intimidación con las constantes intervenciones policiacas, y con los actos de grupos armados que balaceaban escuelas en la madrugada. Lo que logró fue sacudir el avispero: desatar más actos de solidaridad, causar irritación en amplios sectores de la sociedad. Fracásó su discurso de satanización de los alborotadores y subversivos, y finalmente tuvo que retirar al Ejército en un acto que parecía un viraje de su política hacia una posible distensión.

TORMENTA PERFECTA

La inauguración de los Juegos Olímpicos “México 68” está muy cerca: 12 de octubre. Estamos en los últimos días de septiembre. No queda mucho margen. Hay preocupación en ambos lados. Nadie quiere conflictos durante las olimpiadas.

En el CNH se habla de la urgencia de una tregua. La retirada del Ejército se entendió como un mensaje que buscaba aligerar la atmósfera. La idea de la tregua se fortaleció con el anuncio de que el presidente había nombrado a dos representantes que buscarían un acercamiento con el movimiento.

Las escuelas están otra vez en manos de los estudiantes. El CNH puede reunirse. Acepta el diálogo con los representantes de Díaz Ordaz, y nombra para ello a tres delegados. El rector ofrece su casa para el encuentro. Son buenas señales. La reunión queda pactada y se lleva a cabo en la mañana del 2 de octubre.

El CNH convoca a un nuevo acto de masas para el 2 de octubre en la plaza de Tlatelolco. El Ejército se había retirado de casi todas las escuelas, pero permanecía en las del

Casco de Santo Tomás. La nueva demanda era que salieran los soldados también de ahí, y por eso se marcharía de Tlatelolco al Casco. Sin embargo, ante la señal de distensión recibida se acuerda suspender la marcha que podría dar lugar a provocaciones. Sólo se haría el mitin, sin marcha, y sería breve.

La tregua parecía posible: el Gobierno retiró el Ejército de C.U. El presidente nombró a dos representantes que buscarán el diálogo. El CNH aceptó el encuentro con los enviados del presidente. El rector ofreció su casa para el encuentro. La reunión se llevó a cabo el 2 de octubre en la mañana. Dos de los delegados estudiantiles escribieron después que la atmósfera de la reunión fue buena. No llegaron a ningún acuerdo, pero se acuerda una nueva reunión. Se abrió un camino.

Los estudiantes empezaron a llegar a la plaza de Tlatelolco temprano en la tarde. Vieron con inquietud que en las calles aledañas había soldados, camiones, y tanques. Estaban ahí, nada más. No parecían estar preparando nada. No impedían la llegada continua de grupos con sus consabidas mantas y pancartas.

La plaza se llenó. Desde el tercer piso del Edificio Chihuahua representantes del CNH conducían el mitin. Transmitían saludos y daban la bienvenida a los contingentes que iban llegando. Tomó la palabra el primer orador. Anunció que se suspendía la marcha al Casco, que sólo se haría el mitin para luego disolverse.

Buenos augurios. Buen ánimo en la plaza más llena de lo esperado. Gritos, aplausos, consignas. Un mitin más, como tantos otros. Que un helicóptero sobrevolara la plaza

no era cosa rara. Pero esta vez no sólo observaba. De ahí salió una señal que muchos vieron, una bengala verde y luego otra. Una señal no se sabía de qué. Después se vio a la tropa entrando con bayoneta calada, en formación extendida. Se oyeron balazos. Luego todo fue confusión.

Las balas rebotaban en las paredes

Oyes los disparos. Miras a todos lados. Ves a los soldados. Vienen hacia ti, hacia todos, con los fusiles al frente. Más balazos. No te equivocas. Disparan contra ti, contra todos. Das pasos inseguros. Tomas de la mano a tu compañera. Te mueves. Caminas. Los demás están igual que tú. Hay gritos. Corres despacio como los demás. Más rápido. Más rápido. Más rápido. Te envuelve el movimiento sin control. Es una estampida. No sabes a dónde vas, a dónde van todos, a dónde vamos. Nada más corres. Se trata de alejarse. La balacera es tupida. Tú, tu compañera, los demás, nada más corren. Oyes gritos. ¿Tú mismo gritas? ¿Alguien que viene contigo grita? Uno que va adelante tropieza. Piensas que tropezó. Se toma la rodilla. ¿Se levanta? No alcanzas a ver. Crees haber visto sangre en la rodilla. El ruido de los balazos es horrible. No piensas, reaccionas desprovisto. Te metes, se meten los que corren junto a ti, a un edificio cualquiera. Y suben las escaleras. El ruido es incomprensible. Los pasos desaforados ascendiendo es como ruido de tormenta. Alguien se atreve a tocar en un departamento. No se abre esa puerta. Llegan al último piso, ¿el cuarto piso? ¿el quinto? No lo sabes. Ahora descienden desbocados. El ruido no cambia, todo sigue igual, balazos y gritos afuera y pasos desaforados adentro. Salen todos del edificio y siguen la carrera. En-

tran a otro edificio. En medio de la balacera tupida se oyen explosiones distintas, ¿los cañones de los tanques?, ¿bazucas como las que viste en las fotos de julio? Ascienden. La carrera no cesa. Se detienen en el segundo piso, quizá en el tercero. Una puerta se abre y ahora estás en un departamento.

Una mujer asustada mira que veinte jóvenes entran a su casa y ya adentro se detienen. Nos detenemos. Descansamos.

Alguien habla con la dueña del departamento. No sé qué dice, no sé qué se puede decir. Gracias. Podemos quedarnos.

El ruido afuera no ha cambiado. Desde que empezó la balacera y el pánico han pasado pocos minutos. Nos sentamos en el piso, pegados unos con otros. Oímos otros pasos desbocados en las escaleras, que suben y bajan como nosotros antes. No les abre nadie y sigue la carrera. Nos sentimos afortunados. Descansamos. Protegidos por aquellas paredes desconocidas. Agradecemos sin palabras a la mujer que nos abrió la puerta y que ahora está más asustada que nosotros. Su miedo es distinto. Abraza a sus dos hijos pequeños. Nadie se asoma a la ventana. Hablamos en voz baja pero no recuerdo qué nos dijimos.

Dos horas después salimos del departamento. Agradecemos a la señora que nos dio refugio. Estaba obscuro. Se oían balas esporádicas. La poca gente que se veía en los andadores se movía con inseguridad. No sabíamos hacia dónde dirigirnos. Los que salimos de aquel departamento nos separamos. Los que íbamos juntos éramos seis, dos mujeres y cuatro hombres. Alguien que venía caminando en dirección contraria nos dijo que estábamos

sitiados, había barreras militares en todas las salidas de la Unidad, pero habían visto que por ese lado a las mujeres las dejaban pasar. Nuestras amigas se dirigieron a ese lado y a la distancia observamos que las dejaban salir, mientras a los hombres los detenían y los ponían, formados, con las manos alzadas apoyadas en la pared. Nos dirigimos a otras salidas, nos dividimos dos y dos, no queríamos seguir deambulando en los sinuosos corredores de la Unidad, todavía de vez en vez se escuchaban balazos. Teníamos que intentar salir y si nos detenían, pos ni modo. Mejor detenidos que balaceados.

Nos pararon; un oficial joven, de bajo rango, quizá subteniente, nos preguntó qué hacíamos, me identifiqué con mi licencia de manejar, dije que era chofer y que cumplía con una encomienda de mi jefe. Di el nombre del dueño de una conocida fábrica de alimentos, a quien de verdad conocía. Mi compañero dijo que venía conmigo. El oficial del Ejército que nos interrogaba no nos creyó una palabra pero, no sé por qué, nos dejó salir. Quizá porque estaba cansado de detener a jóvenes como él, y que entendía que no éramos ni criminales ni enemigos. Nos dejó salir.

Caminaste con pasos rápidos. Sentiste un gran alivio. El corazón seguía acelerado. Querías correr pero te contenías. Pasos rápidos, pasos rápidos... sin correr, sin correr. Tu compañero y tú se separaron. Ahora ibas solo. Viste ambulancias que partían con la sirena prendida, otras estaban paradas con las puertas traseras abiertas, alguien subía por su propio pie, a otra persona la subieron en camilla. Otra sirena encendida que se aleja. Otras ambulancias que llegan y se amontonan en segunda y en tercera fila. Tienes el cuello rígido. No quieres voltear hacia

las ambulancias, pero no puedes evitar echar un vistazo. Caminas a paso rápido, mirando hacia adelante. Caminas-te no sabes cuántas cuerdas, ni te importaba la dirección, sólo querías alejarte de ahí. Reconociste el Paseo de la Reforma. Tomaste un pesero rumbo a Chapultepec.

No sabremos cuántos murieron en Tlatelolco. La prensa internacional habló de cientos. Voceros oficiales hablaron de decenas. El presidente Díaz Ordaz quiso minimizar el crimen diciendo que habían sido "23 o 24". Nadie arriesgó un número de heridos. Los decires de testigos presenciales hablaron de muchísimos cuerpos caídos, de muchísimas ambulancias yendo y viniendo durante horas, de charcos de sangre en la plaza.

Los testigos que tuvieron un punto de observación panorámico, que se encontraban en el tercer piso del Edificio Chihuahua, vieron el helicóptero y las bengalas. Vieron a la tropa en formación extendida avanzando contra la multitud. Vieron a hombres armados, vestidos de civil y con un guante blanco, subir las escaleras y disparar sus armas cortas hacia la multitud. Vieron a los soldados disparar sus fusiles. Oyeron disparos que salían de ventanas altas de otros edificios. Vieron a la multitud correr desfavorida. Oyeron a los hombres del guante blanco llamarse a sí mismos "Batallón Olimpia". Vieron a gente caer en la plaza y quedar tendida. Describieron escenas precisas de dolor. Los hombres de guante blanco estaban ahí para detener a los miembros del CNH. Lo dicho por estos testigos quedó plasmado en libros y fue corroborado por filmaciones que se fueron conociendo con el paso del tiempo.

Años después, con los cientos de testimonios, los documentos a los que se pudo acceder, los partes de gue-

rra del Ejército, el testimonio escrito que dejó el secretario de la Defensa, Marcelino García Barragán, los cientos de fotografías y los cada vez más numerosos pies de película, se pudo reconstruir con bastante precisión lo sucedido: Días antes militares y agentes de Gobernación localizaron departamentos altos en los edificios aledaños para situar francotiradores. Ordenaron que la tropa llevara sus armas abastecidas y que dispararan sólo después de haber sufrido bajas. Los francotiradores fueron los primeros en disparar. La tropa tuvo bajas inmediatamente, uno de los primeros en caer fue el general Hernández Toledo, quien encabezaba el ataque en el terreno. Y entonces los soldados dispararon hacia arriba y hacia todas partes, no sabían contra quien combatían, era una locura que aumentaba de volumen. Era el caos. Gente corriendo en la plaza sin saber hacia dónde ni por qué. Balazos de arriba hacia abajo sobre la multitud. Soldados que avanzan y disparan hacia arriba y hacia la gente que corre. Grupos que se refugian en edificios, que se apiñan en departamentos hospitalarios, llantos y estallidos de armas de alto poder. Horror.

En fotos y películas se aprecia a soldados disparando hacia arriba, respondiendo al origen de la agresión. Estudiantes detenidos en el Chihuahua por los hombres de guante blanco, refieren que estos disparaban hacia la plaza, y que estaban sorprendidos de que la tropa disparara hacia donde ellos se encontraban. Entendían que era un error, una confusión inexplicable, que sus colegas uniformados no supieran que ellos estaban cumpliendo su misión de detener a los dirigentes; que ellos y los de abajo eran parte de la misma operación. Los de arriba gritaban desesperados: "Somos Batallón Olimpia"; mantenían a los detenidos

tirados en el suelo y los conminaban a que ellos también gritaran a coro: “¡Somos Batallón Olimpia!”, para que se oyera más fuerte, y sus tarados colegas de abajo se acordaran y dejaran de dispararles. Ello muestra que había una tremenda descoordinación entre los militares. Había tres cuerpos disparando: los francotiradores, pertenecientes al Estado Mayor Presidencial, desde las ventanas de edificios aledaños, el escuadrón Olimpia en el Chihuahua que ya había detenido a los del CNH que se encontraban ahí, y la infantería en la plaza, disparando hacia arriba y arremetiéndose contra la multitud.

La multitud en la plaza se arremolina, corre en estampida, oye los disparos que no sabe de dónde vienen, ni puede detenerse a pensarlo, son balas reales que pegan en las paredes o en el piso. Hay gente que cae y no se levanta. Hay gritos desgarrados. No hay tiempo para pensar. En la plaza quedan cuerpos inmóviles, manchas de sangre, prendas de ropa abandonada, zapatos huérfanos.

La periodista italiana Oriana Fallacci se encontraba en México para reportear las olimpiadas. Estaba en el tercer piso del Chihuahua. Vio el helicóptero. Había sido corresponsal de guerra en Vietnam. Se alarmó cuando vio caer las luces de bengala. En Vietnam, dijo, las bengalas señalan el lugar que será bombardeado. Segundos después empezó el tiroteo. Vio a los soldados entrar a la plaza a bayoneta calada disparando contra la multitud. Detenida por el Batallón Olimpia fue obligada a tirarse en el piso. Media hora después de iniciado el tiroteo recibió dos balazos: en una pierna y en la espalda. Tuvo que esperar dos horas antes de ser entregada a una ambulancia y trasladada a un hospital en calidad de detenida. Escribe que vio cientos de

cuerpos tirados en la plaza. Su crónica fue publicada un mes después en la revista *Look*. Describe las escenas que presencié, y recuerda las palabras de una mujer herida, de una enfermera y de un médico, pidiéndole que, por favor, escribiera lo que había visto. Eso hizo.

Tlatelolco fue un crimen premeditado; planeado desde los más altos niveles del Gobierno: la Secretaría de la Defensa, la Secretaría de Gobernación y el Estado Mayor Presidencial. Un plan que ya tenía escrita la versión que difundirían al día siguiente: El Ejército entró a la plaza y fue recibido por grupos de estudiantes armados. El Ejército respondió a la agresión de los revoltosos. El Ejército reestableció el orden. Preveían los titulares de ocho columnas: “Enfrentamiento entre el Ejército y grupos subversivos”. Su cuento tuvo una vida corta, cayó por sí solo de tan falso. Nadie lo creyó. Desde muy pronto quedó asentada la versión de los testigos directos, de los que estaban entre la multitud, de los que estaban en el tercer piso del Chihuahua, de la prensa internacional que estaba presente. (Mucha prensa internacional que venía a cubrir los juegos olímpicos.) Los años siguientes, los nuevos testimonios, confesiones y papeles de archivo, no hicieron sino confirmar esa versión inicial. Fue un crimen de Estado. Como dijo Paco Ignacio: “Hoy hasta los mentirosos saben la verdad”.

La prensa difundió la versión oficial. Hubo fisuras, sin embargo. *Excélsior* empezaba a ser un diario que se salía del control, que se negaba a seguir obediente la línea del boletín de prensa. Ahí apareció, el día 3 de octubre, el célebre cartón de Quezada, que no era sino una mancha negra enmarcada, y encima una pregunta: “¿Por qué?”.

NÁUFRAGOS

Cientos de muertos y heridos. Más de mil detenidos. Una herida de las que no cicatrizan. Eso fue Tlatelolco para el país.

Los mil presos fueron a dar al Campo Militar número uno o a la prisión de Santa Martha. Siguieron días de tortura física y psicológica, delaciones y selección de los que saldrían libres, la gran mayoría, y los doscientos que seguirían presos largo tiempo. Afuera, las familias buscaban a sus desaparecidos. En la plaza aparecían veladoras y flores. En las escuelas, todavía en huelga, había sentimientos mezclados de miedo y coraje, y quizá más generalizado, de asombro.

Los voceros oficiales y su prensa obediente no lograron armar las piezas para fijar la versión que tenían prevista. La idea de un enfrentamiento entre estudiantes armados y el Ejército tuvo una existencia fugaz en los titulares de la prensa. La existencia de miles de testigos: sobrevivientes del mitin, vecinos de Tlatelolco y corresponsales extranjeros, tenían demasiado peso. Los miles de ojos contenían la

información que acabó formando el relato de lo que verdaderamente sucedió; la versión quedó impresa en la mente de todo mundo. Muy pronto quedó también impresa en un libro, *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska. Libro que contiene voces de numerosos testigos; apareció en enero de 1971, un mes después de que Díaz Ordaz dejó la Presidencia.

Como la gente del Gobierno no encontraba por ninguna parte a los comunistas extranjeros perniciosos que cargaran con la culpa, buscaron otro tipo de chivo expiatorio. Uno de los detenidos, miembro del CNH, Sócrates Amado Campos Lemus (se sospechaba que era agente de Gobernación), declaró desde el Campo Militar número uno, que Carlos Madrazo y Elena Garro habían dado las armas. Esa intentona no fue muy lejos. Era una versión sin pies ni cabeza. Quedó como tantas noticias de ruido que contribuían a la confusión, y que buscaban ocultar la versión que acabó imponiéndose, la de las víctimas. (Carlos Madrazo era un político que había sido presidente del PRI; lo habían expulsado por su intento de democratizar su vida interna, y en esos meses estaba por formar un nuevo partido político. Elena Garro, una escritora muy talentosa, participaba del proyecto político de Madrazo.)

En las escuelas había estupor y cierta parálisis. Llegó el 12 de octubre. Empezaron los Juegos Olímpicos. La inauguración se hizo en el estadio de Ciudad Universitaria, con una fiesta que incluyó el vuelo de miles de palomas. Incluyó también tremenda chifliza al presidente. No hubo la tregua que los estudiantes hubieran querido, sino una paz impuesta a balazos.

Los Juegos Olímpicos se desarrollaron sin contratiempos. Alguna prensa internacional, sin embargo, re-

cordaba entre líneas la masacre de Tlatelolco. Los estadios y gimnasios vivían el entusiasmo y la alegría. Un momento memorable, que rimaba con la rebeldía juvenil, fue la premiación de la prueba de los 200 metros planos: los atletas negros estadounidenses ganadores de las medallas de oro y bronce, Tommy Smith y John Carlos, en el podio, cuando sonó el himno de su país, levantaron el puño enfundado en un guante negro y bajaron la cabeza. Era el recordatorio de las luchas por los derechos civiles, contra la discriminación, por la reivindicación de lo negro. Sacrificaron su carrera deportiva porque el comité olímpico de Estados Unidos no lo perdonó nunca; en cambio, su imagen sería recordada en el tiempo.

Se acabaron las olimpiadas. La clausura fue el 27 de octubre. Hubo fiesta en las calles. Algunos gritos esporádicos en medio del repetido Mé-xi-co Mé-xi-co, recordaban el movimiento estudiantil en suspenso.

Unos días después 10 mil estudiantes asisten a un mitin en C.U.

El 2 de noviembre, día de muertos, la plaza de Tlatelolco se llenó de veladoras y pequeños altares. Con flores amarillas dibujaron una "V" muy visible y escribieron la promesa "no los olvidaremos". Quizá ahí haya nacido la frase "2 de octubre no se olvida".

No se podía ocultar la magnitud del crimen. Pasado el ruido olímpico el crimen de Tlatelolco crecía en el ánimo del país. Entre la gente misma del Gobierno no se asimilaba tranquilamente lo sucedido, pero eran voces calladas, falta de ánimo para desafiar el presidencialismo. Por eso sobresalió el gesto de Octavio Paz, quien renunció a su puesto de embajador en la India, porque no aceptaba ser parte de un gobierno criminal.

Los estudiantes volvieron a las escuelas. Las huelgas continuaban. Las asambleas se alargaban en discusiones circulares. Aumentaba la presión para el regreso a clases, pero pesaba la memoria de cientos de compañeros muertos y la permanencia de muchos otros en las cárceles de Lecumberri y Santa Martha. Siguió una represión selectiva. El 16 de noviembre detienen al escritor José Revueltas en su casa. Lo acusan de incitación a la rebelión, sedición, asociación delictuosa, ataque a las vías generales de comunicación, daño en propiedad ajena, robo, acopio de armas y homicidio.

En las calles la policía está al acecho. Las brigadas tienen que estar a las vivas. A menudo son perseguidas.

Aquella que había sido la primera demanda del movimiento rebotaba ahora en todas partes: "libertad presos políticos"; tenía un nuevo significado y una mayor urgencia, eran sus compañeros presos, sus dirigentes, sus conocidos cercanos, sus amigos. Eran el centro de las discusiones. Costaba simplemente levantar la huelga y volver a la normalidad. "La normalidad" no existía ya, era imposible volver a ella. Tampoco podían seguir la huelga, no tenía sentido, pero levantarla se sentía no sólo como una derrota sino también como una traición. Costaba levantar la huelga. Discusiones circulares.

El 21 de noviembre el CNH lleva a las asambleas la propuesta de regresar a clases. La mayoría de las escuelas aceptan. Otras se resisten pero acaban cediendo a los pocos días.

Termina el mes con otra nota trágica, el día 27 un estudiante de la Vocacional 5, Víctor Eugenio Ramírez, muere de un balazo en la cabeza. Iba a una reunión en la Prepa de Coapa. Los asesinos son porros al servicio de las

autoridades universitarias. Los miembros del CNH asisten al velorio.

El movimiento fue derrotado el 2 de octubre por medio de las armas. Pero también, al mismo tiempo, había obtenido costosa victoria cultural. Eso habría de apreciarse con el tiempo.

Poetas dejaron testimonio, en versos admirables, de la herida abierta en Tlatelolco.

Sí

Una nación entera se avergüenza

(Octavio Paz)

Habría que lavar no sólo el piso; la memoria.

Habría que quitarles los ojos a los que vimos

(Jaime Sabines)

Y el olor de la sangre mojaba el aire

y el olor de la sangre mojaba el aire

(José Emilio Pacheco)

Se llevaron los muertos a quién sabe dónde.

Llenaron de estudiantes las cárceles de la ciudad.

(José Carlos Becerra)

Y hasta el niño más anciano advertiría

que el país que tuvimos ya no lo tenemos.

(Marco Antonio Montes de Oca)

DESPUÉS DEL NAUFRAGIO

Los estudiantes presos eran un recordatorio permanente.

El 1969 los estudiantes oían anécdotas interminables del año anterior, pero al final el tema recurrente era el de los presos. Sus presos. Cada escuela tenía el suyo (en algunos casos más de uno), al que debía ayudar, por el que debía interesarse especialmente.

Las asambleas recibían mensajes de su dirigente encarcelado. El movimiento estaba recluido en las escuelas. Había abandonado las calles y las plazas. Las manifestaciones, que no eran pocas, se hacían dentro de los espacios escolares. Los grupos de activistas recorrían los salones de clase, pedían permiso para hablar a los compañeros, hablaban de los presos políticos, pedían cooperación económica, invitaban a marchas encerradas, repartían volantes que decían siempre lo mismo: las atrocidades legales de los juicios, la necesidad de mantener el movimiento vivo, la denuncia del Gobierno represor. Díaz Ordaz seguía siendo presidente y era la persona más odiada.

Las escuelas eran de los estudiantes. Habían desaparecido las Sociedades de Alumnos y ahora existían los Comités de Lucha. Las autoridades escolares no obstacu-

lizaban las actividades político-culturales estudiantiles. Se oía cotidianamente música latinoamericana: Violeta Parra, Víctor Jara, Carlos Puebla, Judith Reyes, Daniel Viglietti, los Folcloristas, Amparo Ochoa. Abundaban los talleres de poesía, los círculos de estudio, los cineclubes. Habían aplastado al movimiento, y éste se había recluso para sobrevivir. Habían aplastado al movimiento de masas, pero las masas que lo protagonizaron seguían en los salones y en los pasillos y en los auditorios. Los miles de manifestantes que tantas veces ocuparon el Zócalo, seguían siendo estudiantes y habían agudizado el pensamiento crítico de aquellos días.

Las mujeres estudiantes habían conocido en aquellos meses una libertad que antes no imaginaban. Se vestían con más libertad. Tomaban la palabra con más soltura. No podían volver al punto del que habían partido. La misoginia tenía que andarse con cuidado. El feminismo se abrió camino a codazos. Se hablaba de compartir las labores domésticas, de compartir el cuidado de los hijos, de abandonar la idea, muy socorrida, de que la mujer al casarse dejaba su actividad profesional para asumir su misión superior de cuidar el hogar. Cosas muy simples que daban un vuelco al machismo. Las feministas activas eran pocas, pero sus ideas eran fuertes y tenían eco entre las estudiantes que salieron a la calle en el 68.

También los maestros habían cambiado. Podían dejar la corbata en el guardarropa. Los alumnos podían hablarse de tú con los maestros.

La Universidad era territorio libre. La autonomía se había fortalecido después de haber sido defendida ferozmente el año anterior, y no sólo por los estudiantes rebeldes

sino por el rector y muchos maestros y muchos egresados y muchos padres de familia. Es un fenómeno difícil de explicar, pero la autonomía universitaria es un valor compartido por una capa amplia de la sociedad urbana. Es algo que debe defenderse. Algo a lo que no se puede renunciar. Algo que interesa no sólo a los universitarios. El Ejército apostado entre la Biblioteca y la Rectoría era una imagen odiosa. La autonomía de la Universidad Nacional se había afianzado en el imaginario colectivo como valor irrenunciable. Como la propiedad nacional del petróleo después de 1938. Y el gobierno había aprendido, o eso parecía, que con ciertos valores no se juega. Se metió en un gran lío por haber violado la autonomía con un bazucazo en julio, y volvió a equivocarse ocupando C.U. en septiembre... y después había cometido el gran crimen en Tlatelolco con el pretexto de garantizar la paz de las olimpiadas de la paz.

Díaz Ordaz era un presidente odiado; sería recordado como el asesino de Tlatelolco. Los estudiantes habían pagado caro su desafío al poder vertical y autoritario. Ahora tenían un espacio autónomo: la Universidad era más suya que nunca. Tenían unos presos que eran suyos, y eran como una espina. Y tenían, también, una memoria que cuidar.

El sistema político había prevalecido. El presidente odiado se asentaba firmemente en el poder. La inercia conservadora de una parte de la sociedad, la que tenía privilegios, la que compartía los beneficios de la burocracia, estaba satisfecha. Así lo demuestra una escena inolvidable: En el sexto y último informe de Díaz Ordaz, el primero de septiembre de 1971, asumió “plenamente” la responsabilidad de “los sucesos del 68”. Dijo que se sentía orgulloso de lo que había hecho. Los trajes negros brincaron como re-

sortes de sus asientos y brindaron un aplauso prolongado. Compartían la culpa con su presidente.

Pero hay que volver un poco atrás. Estamos en 1969, se están acomodando las piezas de lo que acabamos de vivir. Afuera de las universidades se hablaba bien del movimiento. Había sido reprimido pero no derrotado. En imagen y prestigio, el derrotado era el Gobierno. Los conflictos obreros y populares resonaban en las escuelas. Obreros y colonos acudían a pedir apoyo, y encontraban siempre activistas dispuestos a oírlos y acompañarlos. Esto no sólo sucedía en la capital, otras universidades se convirtieron en cajas de resonancia de las luchas sociales. Así fue en Oaxaca, en Chihuahua, en Puebla, en Sinaloa, en Yucatán... En esas universidades, campesinos y estudiantes, obreros y estudiantes, colonias populares y estudiantes, actuaron juntos, y juntos ganaron y perdieron batallas. Crearon nuevas organizaciones, que se llamaron Coaliciones o Comités o Frentes, y sumaban lo estudiantil a lo popular.

En el D.F., la UNAM, el Politécnico, la Escuela de Antropología, las Normales y Chapingo, tenían una nueva forma de hacer política. No había movimiento que saliera a las calles, pero mantenían debates internos, con temas obsesivos como el de sus presos, y con una sensibilidad social que antes no era tan evidente. En apariencia estaban en calma, ocupados en asistir a clases y darle vuelta a la página; en realidad había un activismo que buscaba actuar en otros campos; un activismo que no incluía a las masas que llenaron el Zócalo, pero sí a decenas o a cientos en cada escuela que se negaban a sumirse en "la normalidad". Buscaban los aliados que no tuvieron en 68.

Los estudiantes presos eran un recordatorio cotidiana-

no. El juez primero de Distrito en materia penal, Eduardo Ferrer McGregor, quien estuvo a cargo del proceso 272/68 relacionado con los hechos del 2 de octubre, era conocido por su arbitrariedad y su sometimiento a los dictados políticos. Los juicios eran absurdos. Las acusaciones no tenían sentido. Jurídicamente eran un despropósito. Los abogados defensores explicaban las inconsistencias, pero el derecho se inclinaba ante la política: el Gobierno había decidido castigar a los rebeldes, dar una lección ejemplar. La existencia de presos políticos tenía resonancia internacional, sobre todo porque algunos de ellos eran intelectuales y maestros de prestigio, como el novelista José Revueltas, el filósofo Eli de Gortari, el ingeniero Heberto Castillo y los abogados Adela Salazar y Armando Castillejos.

Ante las irregularidades de los procesos, el 10 de diciembre 86 presos políticos se pusieron en huelga de hambre. Las escuelas se agitaron. El ayuno iba en serio. Terminaba 1969.

El primero de enero de 1970 las autoridades del penal de Lecumberri, encabezados por el director, general Andrés Puentes Vargas, y el subdirector, mayor Bernardo Palacios, propiciaron un ataque contra los huelguistas de hambre. Ese día, al llegar la hora en que termina la visita, las seis de la tarde, los familiares abandonaban las crujías. Dos horas después alguien escuchó gritos y alertó a los otros. Eran gritos de niños y mujeres. Empezaron a preguntar qué pasaba. Se generó una gran inquietud. Lo que sucedió fue que los visitantes salieron de las crujías, pero no pudieron abandonar el penal, los habían dejado atrapados al no abrirles la última reja. Los presos políticos, desesperados, empezaron a gritar y a golpear los barrotes.

Los custodios habían desaparecido. Los gritos de las visitas eran cada vez más angustiosos. Los presos políticos lograron salir de las crujías y corrieron hacia donde las visitas estaban atrapadas. Era una trampa.

Dejaron salir a las visitas, pero adentro se había desatado el caos. Abrieron las puertas de las crujías de los presos comunes más violentos, con carta libre para saquear las celdas de los presos políticos. Golpeaban a quienes se interponían en una batalla desigual. Cuando los custodios aparecieron fue para sumarse a la agresión contra los políticos.

Al otro día el ataque se difundió fuera de los muros de Lecumberri. Las universidades estaban de vacaciones y no hubo una respuesta inmediata. Días después los estudiantes se conmovieron con el relato del ataque. Se conocieron detalles. Había sido una provocación orquestada por el propio director de penal. Hubo declaraciones airadas y cierto eco internacional. El ayuno se mantuvo otras semanas.

Lecumberri

Párrafos transcritos de la crónica de José Revueltas:

A la voz de alarma, todos los huelguistas, y unos cuantos compañeros que no secundaron la huelga de hambre, salimos al pequeño jardín interior de la crujía para agruparnos tras de la reja que separa al propio jardín de una gran puerta de hierro con dos hojas, que a su vez comunica con el corredor circular (al que se llama "redondel" por su semejanza con el "callejón" de una plaza de toros) en cuyo centro se erige la elevada torre de vigilancia conocida como "el polígono", corredor al que convergen radialmente la mayor parte de las

crujías del penal, pues otras como la M, N y la L, constituyen cuerpos del edificio interiores, separados del “redondel” por patios , pasillos y muros con puertas enrejadas, como en el caso de la crujía M (...) Bien, como queda dicho, nos aglomeramos más de una veintena de compañeros a la puerta de la crujía M para inquirir con la guardia de celadores por la suerte de nuestros familiares (...) Los celadores se negaron secamente a nuestra solicitud y en seguida, con aire de vaga distracción e indiferencia se alejaron de la puerta para desaparecer a la vuelta del “redondel” en cosa de segundos. Al otro lado de los barrotes se mostraba ante nuestros ojos una cárcel vacía, insólita, desolada, sin un solo guardián, ni autoridad alguna a la cual recurrir. Una sensación oprimente y extraña. A nuestros oídos llegaron distantes, gritos de mujeres y un apagado llanto de niños (...) Golpeamos la puerta frenéticamente, algunos saltaron al otro lado, otros provistos de una barra de pesas para ejercicios gimnásticos, arremetieron sobre las cadenas. Los candados cedieron, ya estábamos en el “redondel”.

Corrimos hacia los gritos. Ahí estaban en un corredor, prisioneros tras una alta puerta con rejas, mujeres, hombres, niños, nuestros visitantes (...) Pero ya no había nada que hacer, ni que intentar, cuando nuestro propósito simplemente era el de entrevistarnos con el director de la cárcel, con el subdirector (...) o con quien fuera que fuese la autoridad de la prisión a fin de obtener una explicación de los acontecimientos y la libertad de las visitas detenidas. Empero ya en esos instantes no había autoridad en la prisión; o mejor dicho, el general Puentes Vargas y el mayor Palacios, allí presentes, representaban otra autoridad. Ahí estaban, sí, pero a la cabeza de las nutridas y compactas filas de un centenar de los presos por delitos comunes que

constituyen la “élite” del poder en la Cárcel Preventiva; reos “comisionados” para el desempeño de las más diversas funciones administrativas de la prisión, “mayores” y “oficiales” de crujía, “escribientes”, “galeros”, “recaderos”, “mandaderos”, cada uno de los curiosos gremios con su respectiva cabecilla al frente, por supuesto, el rufián más acreditado y más temido entre todos ellos. El director de la cárcel y su subdirector (...) optaban esta vez por el dudoso honor de ser quienes autorizaban a las bandas de los peores maleantes de las crujías habitadas por la población del más negro prestigio, para que gozaran dos largas horas de manos libres en el ataque impune y en el saqueo sin freno de los presos políticos, que sobrevendría apenas en unos vertiginosos minutos más.

Los que habíamos salido de la crujía M nos detuvimos a unos 50 pasos del punto en que, frente a nosotros se encontraba la compacta masa de “comisionados” (...) Las cosas se sucedían con una rapidez onírica, atropellada y fantástica. A nuestra espalda llegaban a tropel los compañeros de la C, muchachos estudiantes a los que de pronto causaba sorpresa, quién sabe por qué, mirarlos tan extraordinariamente jóvenes. Al mismo tiempo los maleantes de la D a quienes se habían abierto las puertas de la crujía, avanzaban en tumulto, ya armados con tubos y garrotes y varillas de fierro, a través de la masa que forma el cinturón de “comisionados”. Comenzaron aquí y allá, a trabarse cuerpo a cuerpo con aquellos de nosotros a quienes habían logrado sorprender más al alcance de sus golpes. De todas partes llovían proyectiles, botellas, piedras, tabiques, en medio del estruendo de los vidrios que estallaban en pedazos y gritos, palabras, voces y maldiciones de las que nadie

entendía nada. Ante mis propios ojos, y con ademanes que me parecieron singularmente lentos y tranquilos, un celador introducía la llave en el candado de la E, le daba unas vueltas cuidadosas, con aire profesional y experto, retiraba la cadena y en seguida abría la puerta.

Durante unos segundos los de la E permanecieron vacilantes, perplejos, como sin dar crédito a esa realidad extraña, y sin atreverse tampoco a dar aquel paso hacia el "redondel" que en circunstancias normales de la cárcel, constituye un paso hacia la rebelión, a los golpes de macana de los celadores y hacia el solitario encierro en una celda –por semanas enteras, el temido "apando" con que se castiga a los presos. Pero esta desconfianza ocupó el instante de un parpadeo. Los de la E salieron en avalancha para unirse a los de la D (...) Con la instantánea rapidez de un flash cinematográfico divisé la figura del general que agitaba los brazos por encima de su cabeza, con un objeto negro en la mano derecha. Acto seguido se escucharon, huecas, precisas, como si se produjeran en una especie de vacío, las detonaciones; el general disparaba al aire la carga entera de su pistola. A diferentes ritmos y con diferentes graduaciones se generalizó de pronto una dispareja balacera que parecía provenir de todos los rumbos imaginables, de arriba, de atrás, de adelante, de los lados; los celadores de "la muralla" y del "polígono" disparaban a su vez. "¡A refugiarse en la M, en la eme!", gritábamos. Éste era el único sitio –pensábamos– en que podríamos ponernos a salvo. Entre la crujía M, hacia la cual ya corríamos en atropellada carrera, y la crujía D, de la que habían salido los hampones para agredirnos, se encuentra la crujía N, que está ocupada, como la nuestra y la C, únicamente por presos políticos. Alguien

había abierto la puerta que da acceso al patio de la N y ésta ofrecía así, un inesperado refugio intermedio (...) Un gran número de compañeros se acogió de inmediato a la N, y una reducida minoría proseguimos nuestra carrera hasta la M, a donde entramos dispersos, jadeantes, rabiosos, vencidos por la impotencia (...)

Dentro de la crujía M no había forma –ni tiempo – de cerrar las puertas y además, quedaba afuera un indeterminado número de compañeros que no habría podido entrar en la N y que se encontraría sin refugio alguno al que acogerse. Un grupo de catorce compañeros, entre quienes se encontraban algunos de la C, decidimos encerrarnos en la celda 21, que era la que ofrecía mayores seguridades y a la cual acaso no lograsen entrar los asaltantes si la antrincherábamos en forma adecuada. Amontonamos tras la puerta de la celda 21 las camas, una mesa y cuantos objetos fue posible, y corrimos el cerrojo. Minutos después se inició el saqueo de la crujía y luego el asedio de la celda 21. A nuestros oídos llegaba cínico, obsesivo, el grito de incitación al pillaje de los hampones, entonando con esa modulación lastimera y repugnante, que es el estilo de hablar entre ellos, “¡lléguenle, lléguenle!” (...)

Aquí deja de ser necesaria la continuación de este relato. Nos golpearon, nos despojaron de todo lo que llevábamos encima, plumas, relojes, saquearon nuestras celdas sin dejar en ellas ni una sola de nuestras pertenencias, escritorios, máquinas de escribir, libros, camas, colchones, ropa, manuscritos, todo. Libros, libros. (Páginas 228 a 231, José Revueltas, Obras completas, T. 15, Era, México, 1978.)

POSTDATA

1970. Empezó el último año del gobierno de Díaz Ordaz.

Luis Echeverría Álvarez, el candidato oficial, estaba en campaña. Hacía lo posible para separar su discurso del presidente que se iba para no cargar con su desprestigio. Era pesado el desprestigio de Díaz Ordaz, quien había asumido enfáticamente la responsabilidad de las acciones represivas del 68. Dijo en su quinto informe: "Por mi parte, asumo íntegramente la responsabilidad: personal, ética, social, jurídica, política e histórica, por las decisiones del Gobierno en relación con los sucesos del año pasado".

Estudiantes, maestros, profesionistas, burócratas, intelectuales y artistas habían condenado, abierta o soterradamente, esas acciones, y en especial la de Tlatelolco. El consenso de la clase media urbana se había roto. Echeverría intentaba remendarlo y para eso imprimió a su discurso tonos izquierdistas. Su tesis de campaña fue la "apertura democrática", lo que significaba reconocer la cerrazón democrática del régimen. En todos los temas sus palabras tenían resonancias cardenistas. Pero en particular se proponía re-

conciliar al régimen con los estudiantes, los intelectuales y los artistas, sus críticos más radicales, los que habían sido directamente agraviados. Por eso el candidato Echeverría no tuvo empacho en guardar un minuto de silencio por los caídos el 2 de octubre cuando los estudiantes de la Universidad Nicolaíta, en Morelia, se lo exigieron en un acto de campaña. Su deslinde iría en aumento conforme se daba cuenta de la profundidad del daño.

Después de su toma de posesión como presidente el primero de diciembre de 1970, hablaba de “los emisarios del pasado”, para referirse a los funcionarios del gobierno anterior amarrados a ideas retrógradas. Sus acciones de gobierno debían deshacerse de la herencia maldita. Así se entiende que en los primeros meses de 1971 dejara en libertad a los estudiantes presos. Lo hizo de manera irregular desde el punto de vista jurídico, como irregular había sido su encarcelamiento. El proceso judicial había sido aberrante. Había sido ilegal de principio a fin. El derecho y la justicia no aparecieron por ningún lado. Echeverría se deslindaba de acciones en las que él había desempeñado un papel central como secretario de Gobernación. Era tan culpable como su jefe Díaz Ordaz. Pero eso no importaba: a la luz del régimen presidencialista el responsable era el presidente; sus empleados podía exculparse, pintar su raya. Más aún cuando Díaz Ordaz en su quinto informe había asumido expresamente, además con orgullo, toda la responsabilidad de los hechos del 68. En la escena que ya referí los asistentes se pusieron de pie para aplaudir al culpable.

En los primeros meses de 1971 se publicó *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska, obra que dejó sentada una

versión de la masacre que no cambió en los años siguientes. Las voces de las víctimas, de los presos, de los testigos presenciales, conformaron esa obra coral que no ha dejado de reeditarse desde entonces. Prevalció el punto de vista de los estudiantes. La versión del poder, la que tenía lista para el día siguiente de la masacre, la que difundió a través de sus boletines, quedó sepultada por los miles de testimonios, artículos y libros que salieron en los años siguientes. Fue una avalancha que nadie podía parar.

En mayo de 1970 la Cámara de Diputados derogó los artículos 145 y 145 bis del Código Penal, lo cual abrió la puerta de la cárcel a Demetrio Vallejo y a Valentín Campa, entre otros.

En los primeros meses de 1971 salieron libres los presos del 68. Semanas después, el 10 de junio, jueves de corpus, el Gobierno de la “apertura democrática” ordenó la represión violenta de una manifestación estudiantil en las calles de San Cosme, en la Ciudad de México. Asesinó a decenas de estudiantes. Utilizó un nuevo método: la agresión estuvo a cargo un grupo paramilitar llamado Los Halcones. El Gobierno quería reprimir escondiendo la mano. Pero fue evidente que Los Halcones actuaban en coordinación con la policía. El diablo asoma la cola.

La creación de un grupo paramilitar que hiciera el trabajo sucio era una estrategia que venía de tiempo atrás: en septiembre del 68 ya habían aparecido grupos armados, supuestamente civiles, que balacearon escuelas con la intención de intimidar y generar un ambiente de terror.

Después del 10 de junio de 1971 se ha difundido información suficiente sobre el origen gubernamental de Los Halcones, la participación que en él tuvieron oficiales del

Ejército y la capacitación que estos recibieron en Estados Unidos, en acuerdo de cooperación entre los dos gobiernos. El personaje clave es el coronel Manuel Díaz Escobar, que formalmente ocupaba un puesto en el Departamento del D.F., pero cuya misión era formar y entrenar al grupo paramilitar. Los mandos del grupo eran oficiales del Ejército. Altos funcionarios del Gobierno federal, y el presidente mismo, sabían de la existencia de Los Halcones y la función que se esperaba desempeñaran. La represión del movimiento estudiantil del 10 de junio de 1971 no es sino la continuación de la lógica autoritaria del régimen.

En 2001, como consecuencia efímera de la alternancia del poder, se creó la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp), cuya tarea era investigar los crímenes cometidos por el Estado. Arrojó muy pocos resultados; uno de ellos fue “indiciar” como posible culpable de las masacres del 2 de octubre del 68 y del 10 de junio del 71 al ex presidente Echeverría. Estuvo en prisión domiciliaria. Su abogado alegó la prescripción del delito y fue absuelto.

Medio siglo después, estudiantes suelen manifestarse cada dos de octubre. Es una fecha que recuerda un crimen de Estado que quedó impune, pero también conmemora la rebeldía de los jóvenes de entonces. La frase “2 de octubre no se olvida” está tatuada en la piel de México.

EL 68 EN EL MUNDO

Ernesto Guevara

El 9 de octubre de 1967 mataron al Che Guevara en Bolivia.

Una década antes había recorrido Latinoamérica de Sur a Norte, desde su tierra, Argentina, hasta México, donde conoció a un grupo de jóvenes cubanos con quienes se embarcó en la aventura de la revolución. El Che era médico. Tenía un gran carisma. Era asmático. Se hizo guerrillero en Sierra Maestra. Bajó a Santa Clara, y llegó a La Habana, donde los barbudos tomaron el poder en 1959. Fue parte del gobierno revolucionario. Conquistó a millones de admiradores en todo el mundo con sus emotivos y francos discursos en foros internacionales: Uruguay, Nueva York, Argelia. Fidel, el Che y los otros comandantes de la Sierra Maestra no se quitaron la barba ni la ropa guerrillera cuando se hicieron funcionarios de Gobierno. Se convirtieron en héroes rebeldes, irreverentes y románticos.

Casi una década después del triunfo de la Revolución en Cuba, el Che dejó su puesto en el Gobierno y se fue

a seguir haciendo la revolución en el mundo. Era el principal promotor y teórico de la guerra de guerrillas como método para derrotar tiranías e imponer gobiernos populares y socialistas. Tras su paso por África se fue a Bolivia para, desde ahí, hacer la revolución socialista en América Latina. Cayó en manos del Ejército Boliviano y lo asesinaron. Se convirtió en leyenda y en símbolo. La fotografía de su rostro, de boina, barbudo y con el pelo largo, conseguida por Korda, un gran fotógrafo, se convirtió en una de las imágenes más conocidas y reconocidas en el mundo. Es el Che. La misma foto, desfilando en París y en Berlín; en Santiago, en Buenos Aires, en México... En cualquier lugar en el que los jóvenes protesten contra tiranías e injusticias. El Che es, desde entonces, símbolo de rebeldía.

Ho Chi Minh

El 31 de enero de 1968 el Ejército de Vietnam del Norte y los guerrilleros de Vietnam del Sur (Viet Cong) iniciaron un masivo ataque que se llamó la Ofensiva del Tet. (Tet es el año nuevo lunar, su fiesta anual más importante.)

En febrero de 1965, el presidente Johnson escala la guerra: ordena el bombardeo aéreo de Vietnam del Norte en la llamada Operación "Flaming Dart", e involucra tropas terrestres en el combate al Viet Cong en el Sur. Durante 1967 los estadounidenses aumentaron su presencia militar: tenían ya más de 400 mil efectivos sosteniendo al frágil gobierno del Sur. Pero también escaló la protesta: en octubre de ese año grupos pacifistas, organizaciones estudiantiles y personalidades del arte y la cultura realizaron la marcha sobre el Pentágono, cuya dimensión mostró un creciente sentimiento nacional anti bélico.

La ofensiva del Tet fue sorpresiva por su magnitud. Las principales ciudades estuvieron bajo ataque. La Capital, Saigon, y la ciudad más cosmopolita, Hue, se vieron envueltas en largas batallas. La misma embajada americana sufrió horas de fuego. Otros combates fueron muy prolongados. El número de combatientes vietnamitas fue altísimo. Las bajas también fueron altísimas. Sobrepuestos a la sorpresa del inicio, la diferencia en poderío tecnológico de los estadounidenses acabó imponiéndose plenamente. La prensa documentó atrocidades. Imágenes como la de un oficial de la policía sudvietnamita disparando a la cabeza de un guerrillero del Viet Cong, o la de la niña desnuda de gesto angustiado corriendo con los brazos abiertos, en una carretera de horror, se difundieron por todo el mundo. Los estadounidenses vieron en televisión la guerra en la que morían jóvenes marines, al mismo tiempo que oían al General Westmoreland declarar que estaban ganando la guerra apoyado en los datos ciertos de que el número de bajas enemigas eran muy superiores a las suyas. Su desproporcionado poderío militar condujo a ganar batallas y a perder la guerra.

Para los vietnamitas la ofensiva del Tet fue una derrota militar, pero una impresionante victoria política. En el mundo se vio como una guerra desproporcionada e injusta. En Estados Unidos se conocieron las atrocidades de su propio Ejército, y se lamentó el injustificado y altísimo costo en vidas de ambos bandos. Miles de jóvenes norteamericanos volvían en sus ataúdes sin causa ni heroísmo. La protesta pacifista se agudizó.

El Gobierno mantenía el reclutamiento obligatorio. La oficina de reclutamiento informó que habría 250 mil

nuevos reclutas en 1968, para lo cual dejaban de estar exentos del servicio los estudiantes de postgrado. Ser reclutado significaba una muerte probable en la selva vietnamita. A sólo dos semanas de iniciada la ofensiva del Tet, los universitarios organizaron manifestaciones en Estados Unidos condenando la guerra y rechazando el reclutamiento forzoso. Los estudiantes también se manifestaron en París, Berlín, Madrid y otras ciudades europeas. Los unificaba un mismo, rítmico, grito: Ho-ho-ho Chi-Minh/ The FLN is going to win.

La victoria militar del Tet confundió al presidente Johnson, que no valoró el tamaño de su derrota política, y creyó que la victoria militar podía ser costosa pero estaba al alcance de la mano. Se equivocó en toda la línea. Otros políticos, como Robert Kennedy, concluían lo contrario, que en Vietnam no podían ganar la guerra, en el mundo cosechaban condenas, y en Estados Unidos se extendía la protesta juvenil.

Demetrio Vallejo

En marzo de 1968 Vallejo se puso en huelga de hambre para exigir su libertad. Llevaba 9 años preso. En todo ese tiempo no había dejado de reclamar la ilegalidad de su encarcelamiento.

Diez años antes, en 1958, los trabajadores ferrocarrileros de todo el país reclamaron mejoras salariales e independencia sindical. Salieron a las calles y realizaron paros. Pusieron en jaque al principal medio de transporte de mercancías. La economía nacional dependía en gran medida del sistema ferroviario. En ese año lograron un aumento

salarial importante y el reconocimiento de la dirigencia sindical encabezada por Demetrio Vallejo. En los primeros meses de 1959 el Sindicato Ferrocarrilero fue reprimido por el Ejército y cientos de trabajadores acabaron en la cárcel. Nueve años después sus principales dirigentes seguían recluidos en la prisión de Lecumberri. Los más conocidos eran Demetrio Vallejo y Valentín Campa.

Estudiantes de varias escuelas universitarias se pusieron en huelga de hambre en solidaridad con Vallejo. En el jardín de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, en un cuadrado delimitado con un mecate, el grupo de huelguistas mantuvo su ayuno varios días. Así se difundía la lucha del líder ferrocarrilero y se daba a conocer la existencia de muchos otros presos políticos.

Martin Luther King Jr.

El 4 de abril de 1968 mataron a Martin Luther King, el más importante líder del movimiento negro en Estados Unidos. Representante de la lucha pacífica por los derechos civiles, había logrado movilizar a cientos de miles de personas y su fuerza era creciente.

La lucha contra la discriminación se había desarrollado de muchas maneras a lo largo de la década. El primero de febrero de 1960, en Greensboro, Carolina del Norte, cuatro jóvenes estudiantes negros entraron a un restaurante en la tienda *Woolworth's* y se sentaron en un área claramente señalada como exclusiva para blancos. La mesera les negó el servicio; ellos no se levantaron, permanecieron ahí durante todo el día hasta que cerraron el negocio. Volvieron al día siguiente y se sentaron en los mismos lugares, pero ahora

venían acompañados de otros estudiantes negros, y al tercer día los que se sumaron a ese primer *sit inn* de protesta fueron cientos. Hoy se reconoce la acción como un acto inicial de la gran ola del movimiento por derechos civiles.

Cinco años antes, el primero de diciembre de 1955, en Montgomeri, Alabama, una mujer negra abordó un autobús y fue a sentarse en los lugares señalados como exclusivos de los blancos. Como se negara a ceder su asiento a un blanco, el conductor llamó a la policía y fue encarcelada. Este episodio desató un movimiento de boicot al transporte, en el que participó un joven pastor protestante llamado Martin Luther King Jr. Un año después el caso llegó a la Suprema Corte, que declaró inconstitucional la segregación racial en el transporte de Alabama.

Esos dos episodios dieron la pauta de un movimiento pacífico que a mediados de la década de los sesenta era una ola imparable.

La ciudad de Washington se vio sacudida por manifestaciones de magnitudes que no tenían precedentes. La más emblemática fue la "Marcha sobre Washington" de 1963, que movilizó al pueblo negro de todo el país. Cientos de miles se concentraron pacíficamente en torno al tema de los derechos civiles. En esa ocasión Martin Luther King pronunció su más famoso discurso, en el que empleó la frase "I have a dream", repitiéndola como estribillo para describir a un país de iguales. El resultado de esta larga lucha fue la promulgación del Acta de los Derechos Civiles de 1964 que prohíbe todas las formas de discriminación y segregación racial.

Las acciones violentas de los racistas blancos, se sucedían, sobre todo en las ciudades del sur. Las policías

locales, por encima de la constitución, actuaban con brutalidad contra cualquier persona negra que se comportara como igual a los blancos. Hubo revueltas masivas, como la de Watts, un barrio de Los Ángeles, que ardió durante siete días en agosto de 1965. Desatado por un incidente menor con la policía, la marginación y la miseria de la población negra provocó la respuesta violenta que no se detuvo hasta la llegada de miles de guardias nacionales, pero el saldo fue de 34 muertos y mil detenidos. En otras ciudades se provocaron estallidos similares. En 1967 hubo una revuelta de magnitud similar en Detroit. Desatada también por una acción policiaca en un bar de la Calle 12, sucedieron enfrentamientos y saqueos; dos mil edificios ardieron. Murieron más de cuarenta personas; miles resultaron heridos y encarcelados.

Surgió entonces una vertiente que no se limitaba a la resistencia pacífica, sino que proponía defenderse de la violencia con la violencia. Así nació el Partido Pantera Negra, nacido en Oakland, California. Imprimió un tono distinto a la lucha contra la discriminación. Iban armados por las calles y reclamaban su derecho a la autodefensa. Representaban el "Poder Negro" (Black Power). Se extendió la influencia de una vertiente religiosa que también reivindicaba al pueblo afro americano: los musulmanes negros.

En los años sesenta hubo una verdadera revolución negra. No sólo por la lucha generalizada y masiva contra la discriminación, sino también por la reivindicación del ser negro, del orgullo negro, que se expresó con la frase: *Black is beautiful*. Muchas mujeres dejaron de alaciarse y se dejaron crecer su admirable pelo afro en redondo. Más allá de las diferencias entre las dos vertientes del movimiento, la

pacífica de las acciones de resistencia civil, y la desafiante del *Black Power*, en conjunto, propiciaron una nueva conciencia racial de pueblo oprimido.

El movimiento negro estableció puentes con la lucha contra la guerra de Vietnam. El caso más conocido de esta confluencia es el del boxeador Cassius Clay, quien al hacerse musulmán cambió su nombre de esclavo por el de Mohamed Ali, y que se negó a enlistarse en el Ejército cuando fue convocado.

La vertiente radical, la que adoptó la idea de *Black Power*, criticaba el pacifismo de Luther King. Para ellos era el “negro bueno” que aceptaba y era aceptado por un sistema. Al morir asesinado por un blanco racista, se convirtió en mártir y héroe de la lucha por la igualdad. La reacción de la muerte del pastor pacifista desató acciones violentas por todo el país. Decenas de ciudades ardieron.

Nueva York en abril y París en mayo

Si algún país representa en sí mismo la “guerra fría” es Alemania. Si alguna ciudad, Berlín. El muro cumple ya siete años. Ahí, el 17 de febrero de 1968, los estudiantes alemanes organizaron el Congreso Internacional contra la guerra de Vietnam. Eran los días en los que la ofensiva del Tet se conocía en todo el mundo.

Llegaron a Berlín universitarios de Francia, Italia, Holanda, Inglaterra y Grecia. La sala en la que se llevó a cabo la reunión estaba presidida por dos grandes símbolos: una bandera del Viet Cong y el retrato del Che. El Congreso cerró sus actividades con una manifestación de diez mil estudiantes que llevaban banderas rojas, retratos del Che,

Ho Chi Minh y Rosa Luxemburgo. Coreaban, como después lo harían estudiantes en todo el mundo, llevando el ritmo a paso veloz: "Ho-Ho-Ho-Chi-Minh/ FLN is going to win". Entre los oradores de ese día estuvieron presentes dos jóvenes que tendrían mucha resonancia en los meses siguientes: Rudi Dutschke, uno de los líderes del movimiento estudiantil alemán, y Daniel Cohnbendit, el más reconocido líder del movimiento estudiantil francés. En las semanas siguientes se sucedieron manifestaciones contra la guerra de Vietnam. El 17 de marzo miles marcharon en Londres. Mismas banderas. Mismas efigies. La policía los reprimió a garrotazos cuando intentaron llegar a la embajada americana.

En Estados Unidos las protestas se han extendido a todas las universidades. Rechazan el reclutamiento obligatorio. Se suceden los actos en los que los jóvenes queman públicamente las cartillas militares (que los convocan a las oficinas de reclutamiento). Se crea una organización estudiantil de alcance nacional, llamada SDS (Students for a Democratic Society). El 16 de abril, con la iniciativa "un día de huelga", un millón de estudiantes en todo Estados Unidos pararon actividades.

La revuelta en la Universidad de Columbia, en Nueva York, tiene un carácter que va más allá del rechazo a la guerra. El movimiento se prende por un asunto que tiene que ver con la cuestión racial y con la vida escolar. La Universidad construía un gimnasio en territorio vecino del Harlem. Era una ofensa a la comunidad negra. No habían pasado dos semanas desde el día que asesinaron a Martin Luther King. Son tiempos en los que la cuestión racial contiene una carga explosiva. A ello se suma la condena

a la guerra de Vietnam y el reclutamiento militar, asuntos igualmente explosivos, extendidos por todo el país. Lo que pasa en Nueva York atrae toda la mirada nacional porque el movimiento se ha radicalizado. Los estudiantes de Columbia no se limitaron a “un día de huelga”, sino que ocuparon los edificios y los mantuvieron en su poder durante dos semanas enteras. Habitaron su Universidad. Convivieron, discutieron todo, lo que pasaba en la Universidad, y en la ciudad y en el país, y en Vietnam. Salieron a las calles y fueron aporreados por la policía y cientos de ellos visitaron las cárceles. Fue una de las experiencias emblemáticas del movimiento. La vida comunitaria en la Universidad tomada se convirtió en una crítica a la sociedad en la que está arraigada la discriminación racial y el sometimiento de la mujer, y un gobierno que impone una guerra repudiada.

Días después, en mayo, en Nanterre, un plantel universitario enclavado entre industrias y barrios de migrantes, un pequeño grupo reclama espacios libertarios y condena la guerra de Vietnam. En ese grupo destaca un joven de origen judío-alemán llamado Daniel Conhbendit. Quieren cambios en la vida universitaria y marchan en las calles; se encuentran con la policía y se desata la violencia. El ruido llega a La Sorbona, la Universidad del gran prestigio y la gran tradición, situada en el Barrio Latino de las calles adoquinadas. Se desarrolla el movimiento estudiantil de mayor trascendencia en Europa y en el mundo: conocido como el Mayo francés.

En torno al Mayo francés, escribe Carlos Fuentes, quien estaba en París en esos días y lo vio y lo vivió en las calles:

“Y esto es lo primero que hay que comprender sobre la revolución de mayo en Francia: que es una insurrección, no contra un gobierno determinado, sino contra el futuro determinado por la práctica de la sociedad industrial contemporánea. Asistimos a una revolución de profundas raíces morales protagonizada en primera instancia por la juventud de una nación desarrollada. Y estos jóvenes dicen que la abundancia no basta, que se trata de una abundancia mentirosa”. (p. 38.)

Frente a la revuelta callejera, el Gobierno del General De Gaulle impone la fuerza policiaca, y desata una violencia excesiva, irracional, que no hace sino extender la revuelta. Vuelven a París las barricadas. Y los adoquines arrancados de las calles se convierten en un arma de contra-violencia.

La prensa gobiernista y la propia policía encuentra a quién culpar de los desmanes: al joven dirigente estudiantil que es alemán y judío: Conhbendit. Se propone expulsarlo del país. La respuesta airada de los estudiantes es una consigna que se generaliza de inmediato: “Todos somos judíos alemanes”. Consigna cargada de historia y de presente: porque la historia del antisemitismo y del holocausto está demasiado cercana. Y lo está también fresco el papel indigno del Gobierno colaboracionista francés en oposición a la resistencia popular contra la invasión nazi. Que el gobierno que reivindicaba la resistencia como raíz de la Francia orgullosa de la post guerra, encabezado ni más ni menos que por Charles De Gaulle, un declarado admirador de la resistencia, utilice un discurso xenófobo y antisemita para expulsar a un líder estudiantil subrayando su origen judío alemán, es un puño de sal en una herida demasiado reciente.

Los acontecimientos se suceden frenéticamente. El 2 de mayo el rector cierra Nanterre y el día siguiente la autoridad cierra la Sorbona. En los días que siguen se extiende la movilización y la represión policiaca. El día 7 marchan 30 mil personas por las calles de París; entre los manifestantes hay muchos obreros. Reabren La Sorbona el 8, pero entonces son los estudiantes quienes la ocupan. Las aulas son su espacio natural para discutir y organizarse. También ocupan su entorno, el Barrio Latino. Las barricadas vuelven a París como tantas veces. El gobierno Gaullista responde con más policía. A las dos de la madrugada del día 11, la policía ataca con toda su fuerza. Las barricadas resisten varias horas. El saldo final es de cientos de estudiantes detenidos. Ese mismo día, a las cuatro de la tarde, los estudiantes vuelven a marchar y hay nuevos enfrentamientos. La gran represión en lugar de frenar al movimiento lo expande nacionalmente. El movimiento cosecha la solidaridad amplios sectores, especialmente de obreros y artistas. Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, son activos del movimiento, se les ve en las manifestaciones repartiendo propaganda. El día trece hay una manifestación gigantesca y los estudiantes vuelven a ocupar La Sorbona. Entre sus demandas incorporan la destitución del jefe de la policía de París y del ministro del Interior. Las puertas de la Universidad están abiertas para todos y los obreros acuden. En las aulas se discuten todos los temas: la vida política y la educación, el socialismo y la guerra de Vietnam, la unidad obrero estudiantil y la vida libertaria. Es la revolución de la vida lo que se está viviendo. Forman Comités de Acción y llaman a los obreros a tomar las fábricas y formar Consejos Obreros. No se habla del movimiento sino de la revolución. Es la

revolución y en ella participan todos, no sólo estudiantes, no sólo se suman los obreros, también los intelectuales y los artistas. El día 18 el Festival de Cannes se suspende porque los directores retiran sus películas en solidaridad con los estudiantes y los obreros.

El 23 la policía ataca a una manifestación de seis mil estudiantes en París. No había habido enfrentamientos en once días. El día siguiente la manifestación es más grande y vuelven las barricadas. Hay marchas y tomas de fábricas en todo el país.

El día 24 hay 9 millones de huelguistas. El Gobierno y los sindicatos están sentados a la mesa de negociación. El 27 el primer ministro Pompidou anuncia que llegaron a un acuerdo: aumento general de salarios del 10 por ciento y reducción de la jornada semanal de trabajo a 40 horas. El acuerdo es repudiado en muchas fábricas, en algunas de manera estruendosa, como en las emblemáticas Renault y Citroen. Ese mismo día marchan miles de personas en París.

La huelga se generaliza. El día 29 está en su momento más álgido. De Gaulle viaja a la provincia de Alzacia, y de ahí al territorio alemán ocupado por Francia. En ambos sitios se entrevista con los mandos del Ejército, y consigue su apoyo ante una inminente guerra civil. Después vuelve a París y retoma la ofensiva política. Disuelve la Asamblea Nacional, hace cambios en su gobierno. Desafía a los huelguistas con movimientos de tropas en la cercanía de París. Ofrece mejoras económicas y una vaga "nueva política". Y como única posible solución a la crisis política: elecciones generales en muy corto plazo.

Ante la inminencia de la guerra civil y los movimientos del Ejército en las afueras de París, la oferta de una nue-

va política y elecciones generales, frenaron la insurrección. No hubo una respuesta unitaria y la huelga se desvanece en los primeros días de junio. La unidad entre obreros y estudiantes se empezó a romper con la aceptación de aumentos y mejoras laborales por parte de los sindicatos. Todavía en la primera mitad de junio se mantuvo el movimiento con las universidades tomadas y pequeñas y grandes manifestaciones en las calles.

El lado más conservador de Francia se había repuesto y salió a manifestarse en una gran marcha de apoyo al Gobierno. Las concesiones económicas a los sindicatos y las elecciones inmediatas (20 de junio) representaron el fin de la crisis. Las elecciones las ganó el partido gobiernista con amplitud. Socialistas y comunistas quedaron en distantes segundo y tercer lugar. La suma de los votos de todos los otros partidos no igualaba los obtenidos por el del general De Gaulle. El movimiento se disolvió. Estuvieron a punto de la insurrección, de un cambio de régimen o incluso de algo más profundo. Pero la sociedad francesa prefirió retroceder. Quizá por temor a lo desconocido.

Una generación quedó marcada por lo vivido el mes de mayo. No sólo los estudiantes, también los obreros vivieron días de libertad incomparable. Las frases en los muros son como la marca de ese momento de libertad extrema, cuando los jóvenes recuperaron las palabras y expresaron sus deseos del modo que podían: “seamos realistas, pidamos lo imposible”, “prohibido prohibir”, “debajo de los adoquines está la playa”...

El escritor mexicano Carlos Fuentes, estaba en París en los días de mayo y escribió una emotiva crónica de lo que vio. Ofreció una visión literaria del lado literario o poé-

tico del movimiento. Cuenta la anécdota de una estudiante que en esos días acude a su psicoanalista y le dice que no volverá a sus sesiones porque no quiere ser adaptada a un mundo que rechaza, y de recuerdo le deja un adoquín sobre el escritorio. Ésa es la parte de la revolución del mayo francés que no fue derrotada. La revuelta de las ideas, la imagen de una juventud que no acepta la normalidad burguesa que se le ofrece y que busca una revolución de la vida cotidiana, que no tiene claramente definida pero que contiene ideas de igualdad, libertad y fraternidad, palabras tan repetidas y tan francesas.

Praga

El director checo, Milos Foreman, retiró su película de la competencia del Festival de Cannes. Lo hizo siguiendo la decisión de sus colegas de otros países, Godard y Saura, entre otros. Explicó que confiaba en ellos, y que si ellos habían retirado sus películas en solidaridad con los estudiantes franceses, él también lo hacía. En medio de una sesión muy confusa, con gritos y reclamos, las proyecciones se interrumpieron y el Festival se suspendió. Sin embargo, Foreman dijo que realmente no entendía por qué a sus colegas les entusiasmaba ver a los estudiantes corriendo por las calles con banderas rojas, cuando en su país estaban luchando precisamente por lo contrario, por quitar las banderas rojas, y les estaba costando mucho trabajo.

Checoslovaquia estaba viviendo su primavera. El presidente Dubcek se afanaba en reformar el socialismo autoritario abriendo ventanas a la crítica, a la libertad de prensa, a la discusión abierta de la política.

El 21 de agosto, dos meses después del Mayo francés, el Ejército soviético invadió Checoslovaquia y acabó con esa primavera democrática. Dieron la vuelta al mundo fotografías de jóvenes enfrentando a pecho descubierto a los tanques rusos que tomaban las calles de Praga. Eran jóvenes enfrentando el poder. Imágenes que rimaban muy bien con aquellas de los estudiantes franceses enfrentando a la policía. Aparentemente los fenómenos de París y de Praga eran de signo contrario; en realidad representaban lo mismo, la lucha contra un poder vertical que coartaban las libertades de todos, lo que era particularmente sentido por los jóvenes. Los checoslovacos habían recibido con flores al Ejército ruso en la Segunda Guerra Mundial, cuando lo vieron como un aliado entrañable contra el nazismo. Dos décadas después el mismo Ejército era repudiado en las calles de Praga.

Chicago

El 28 de agosto la Convención del Partido Demócrata elige a su candidato para las elecciones presidenciales de noviembre. El ambiente no podía ser más tenso tras el asesinato de uno de los precandidatos, Robert Kennedy, quien mejor representaba la opción anti guerra y tenía muchas posibilidades de ganar la candidatura y la Presidencia. La contienda ahora se daba principalmente entre dos precandidatos: el vicepresidente Hubert Humphrey, que contaba con la mayoría de delegados y representaba la continuidad de Johnson, y el senador Eugene McCarthy, que iba en segundo lugar y no perdía la esperanza de remontar el resultado. McCarthy, a quien afectuosamente llamaban Gene,

contaba con el apoyo de los que querían parar la guerra.

Organizaciones pacifistas de todo el país convocaron a concentrarse en Chicago para exigir a la Convención que adoptara la postura de salirse de Vietnam. Empezaron a llegar miles de jóvenes con sus pancartas y su música a instalarse en el Lincoln Park, a unos kilómetros del Hilton, donde se instalaron los cuarteles generales de los precandidatos y se hospedaba la mayoría de los delegados.

La Convención duraría cinco días. Y cinco días también durarían los enfrentamientos violentos entre policías y manifestantes. El domingo en el parque sucedió el primer encuentro: el parque cerraba a las 11 de la noche y los jóvenes pensaban acampar ahí. Los desalojaron a punta de garrotazos y gases lacrimógenos. Ahí estaban Allen Ginsberg, Jean Genet, William Burroughs y Terry Southern, reconocidos escritores de la Beat Generation, quienes recibieron su dosis de gases y de palos. También fueron lesionados diecisiete periodistas de diarios nacionales, del *Washington Post* y el *Daily News* entre otros, y de revistas como *Newsweek* y *Life*.

A la mañana siguiente se concentraron nuevamente y se alistaron para marchar al sitio de la Convención. La policía, armada con escudos y garrotos formó una valla. Los líderes tuvieron un áspero diálogo con el jefe de la policía, quien no se movió de una misma frase: “no habrá marcha hoy”. Algunos miles de manifestantes quedaron bloqueados. Pero otros habían previsto el bloqueo y se escabulleron en pequeños grupos para reconcentrarse frente al Hilton. Ahí fueron llegando varios cientos. La policía también llegó. Hubo otro encuentro violento. La ciudad la gobernaba un personaje que apoyaba a Humphrey, extremadamente violento, fanático de “la ley y el orden”. El alcalde Richard

Daley había enfrentado las revueltas negras que se produjeron tras la muerte de Martin Luther King, cuatro meses antes, ordenando a su policía: “tiren a matar”; la frase se hizo famosa y muestra su talento. Era enemigo visceral de los hippies y los yippies. Su policía actuaba, inspirada por semejante alcalde, con rabia irracional.

En la sala de la convención se discutía si el Partido adoptaría una postura contraria a la guerra o, por el contrario, apoyaba la política seguida por el presidente en funciones, Lyndon B. Johnson. La votación fue a favor de la guerra por 1500 votos contra 1000. Una sesión triste para los delegados de Gene McCarthy. Después seguía la elección del candidato.

Al día siguiente se hizo la votación para elegir al candidato. Mientras se contaban los votos, en la calle la policía arremetió contra los manifestantes de una manera extremadamente violenta. En la calle no había cámaras transmitiendo en vivo, pero ya existía el *video tape*. Y las imágenes de la represión se veían en todo el país media hora después de que los hechos sucedían. Al mismo tiempo se transmitía la votación en la sala. El candidato ganador fue Hubert Humphrey. Pero fue un triunfo pírrico para él y para el presidente Johnson. El país vio, al mismo tiempo el desarrollo de la votación y el espectáculo de la golpiza que la policía de Chicago propinaba a los partidarios de acabar con la guerra.

Norman Mailer retrata la esquizofrenia de la sociedad estadounidense con estas frases: “Los chicos podían seguir acudiendo regularmente a la iglesia, hasta que les llegara el turno de meter fuego a pueblos en Vietnam”.

La guerra, el racismo y la represión policiaca fueron las claves de las protestas sociales del 68 en Estados Uni-

dos. La escalada de la guerra en la antigua indochina; el dominio del bando de Johnson en el Partido Demócrata en agosto y el triunfo electoral del candidato republicano, Richard Nixon, en noviembre; el cotidiano regreso de jóvenes soldados en ataúdes sin heroísmo; las cada vez más abundantes imágenes de atrocidades indecibles infringidas a los vietnamitas... Todo eso fue un coctel que produjo una polarización creciente en el país y desató fenómenos de radicalización extrema de ciertos grupos.

En la organización estudiantil Students for Democratic Society (organización que llegó a agrupar a más de cien mil estudiantes universitarios) surgió una corriente dispuesta a abandonar las posiciones pacifistas, que adoptó el nombre de *Weathermen Underground*. El nombre provenía de la canción de Bob Dylan: "*We don't need a weatherman to know which way the wind blows (...)*" (No necesitamos un informador del clima para saber en qué dirección sopla el viento). De ahí surgió un año después, el grupo *Weathermen Underground*, que se hundió en la clandestinidad para detonar bombas en edificios públicos emblemáticos de la guerra o la injusticia. Su consigna era "*Bring the war home*" (Traigan la guerra a casa). Quizá el momento en que estos jóvenes idealistas decidieron pasar a acciones violentas fue en diciembre de 1969, cuando la policía asesinó en su cama a un carismático líder de las Panteras Negras, Fred Hampton. Y en ese mismo mes se publicaron en la revista *Life* las terribles fotos de la masacre cometidas por soldados estadounidenses en la aldea May Lay.

Los *weathermen underground* explotaron decenas de bombas a lo largo de los años setenta. Siempre cuidaron de no causar víctimas humanas. Sus miembros nunca pu-

dieron ser detenidos por el FBI. Tras el fin de la guerra de Vietnam (1975), el grupo fue desapareciendo conforme sus miembros se entregaban voluntariamente a la policía.

Liberación femenina

El movimiento negro por los derechos civiles, la lucha contra la guerra de Vietnam y las revueltas estudiantiles fueron el caldo de cultivo perfecto para la expresión de una nueva forma de feminismo, la que se conocerá como la segunda ola. La primera había sido la de las sufragistas de las primeras décadas del siglo. Ahora no se trataba de sus derechos políticos y el reconocimiento de la igualdad en términos legales. Se trataba de la exigencia de una igualdad verdadera y en todos los ámbitos de la vida social.

En 1967, en las resoluciones de la Convención Nacional de la SDS (Students for Democratic Society), se incorporaron puntos relacionados con la liberación femenina: luchar por la creación de guarderías, el derecho de la mujer a elegir cuándo tener hijos, y la obligación de compartir las tareas domésticas entre hombres y mujeres. En la organización interna el derecho de las estudiantes a participar en todos los niveles de la dirección.

Ese mismo año se formó la *New York Radical Women*.

Las universidades tomadas fueron el territorio ideal para la experiencia de la liberación femenina. Se trataba de un espacio liberado del autoritarismo escolar o gubernamental, en el que se organizaba la convivencia cotidiana entre hombres y mujeres, se discutía en igualdad, se repartían las tareas, y se podía ejercer la libertad sexual. Esa convivencia en libertad y en condiciones de gran intensidad

ofreció a las mujeres una experiencia única. El machismo no había desaparecido por arte de magia. Los jóvenes estudiantes del movimiento seguían actuando con los mismos cánones sexistas de la sociedad, pero vivían algo nuevo, eran condiciones de urgencia, de imaginación, de ejercer la libertad. Los discursos feministas a menudo cosechaban burlas, y las oradoras tenían que sobreponerse a la hostilidad, pero también cosechaban apoyos. La normalidad sexista se sometía a una crítica radical.

Eran iguales a la hora de salir a la calle en manifestaciones o en brigadas, de pintar paredes y salir corriendo, de hablar ante un público que podía ser hostil o solidario, al repartir volantes o escribirlos. Corrían el mismo riesgo, tenían el mismo miedo.

El ambiente propicio para la liberación femenina se generó en las universidades que fueron tomadas y conservadas en poder de los estudiantes durante semanas o meses. Fueron los casos de la Universidad de Columbia en Nueva York, La Sorbona en París y la Autónoma de México. Es decir, ahí donde la convivencia fue gestionada por los estudiantes sin más autoridad que sus decisiones colectivas. Se hablaba, se discrepaba, se comía, se descansaba, se cantaba, se hacía el amor. Se vivía de otra manera. Nada más por unas semanas, o por unos meses, poco tiempo, pero un tiempo cargado, intenso. Días irrepetibles y también inolvidables. Aunque lo hayan vivido sólo unos cuantos cientos de mujeres, fue suficiente para imaginar formas igualitarias de relación y reclamarlas. De ahí que la década de los setenta haya sido la de la explosión del movimiento feminista, de esa llamada segunda ola.

Medellín, Colombia

El 27 de agosto en México se realizó la manifestación de protesta antigubernista más grande que se recordará. La plaza central, El Zócalo, se llenó de gente y de entusiasmo. El mismo día que en Chicago la policía aporreaba a los pacifistas afuera de la Convención del Partido Demócrata y los tanques rusos seguían instalados en Praga. Ese mismo día, en Medellín se llevaba a cabo la reunión de Obispos de América Latina (CELAM), con el objetivo de actualizar a la Iglesia, de acuerdo, a las líneas del Concilio Vaticano II concluido en Roma en el 65. Hablaban de la realidad de la región, de las grandes injusticias que vivía su pueblo católico. Las ideas reformistas del Concilio llegaron a un territorio necesitado de ideas nuevas. La Iglesia no podía seguir alejándose de su pueblo. Ahí nació la Teología de la Liberación. Quizá no en ese momento, pero entonces se conoció ampliamente, se entendió como un desafío. “La opción preferencial por los pobres” se formuló como un compromiso. Una parte de la Iglesia latinoamericana se inclinaba hacia la izquierda. Se oían voces fuertes como la de los obispos reformadores Helder Cámara en Brasil y Sergio Méndez Arceo en México.

La Iglesia católica en México en esos años estaba dominada por una jerarquía conservadora. Eran tiempos de guerra fría y se había incorporado a la histeria macartista con campañas que se resumían en la frase: “Cristianismo sí, comunismo no”. De ese comportamiento surgió la tragedia del 14 de septiembre en Canoa, donde un cura instó al pueblo a linchar a unos jóvenes excursionistas de la universidad de Puebla que se proponían escalar una montaña llamada La Malinche. (Ver página 48)

Parecían dos iglesias distintas, una que vivía en el pasado colonial y mantenía a su pueblo en el fanatismo y la ignorancia, y otra que predicaba la vocación liberadora de Cristo.

En la UNAM, en el 68 y en los años previos, era notoria la presencia de los aires renovadores de la Iglesia. La parroquia universitaria, en manos de la orden de los dominicos, realizaba su trabajo pastoral entre los estudiantes con el nuevo lenguaje que identificaría más tarde a la Teología de la Liberación. Esta presencia católica contrastaba radicalmente con la presencia del MURO (Movimiento Universitario de Renovadora Orientación), la otra cara de la moneda, era una vertiente católica ultraderechista cuyos grupos de choque atacaban cualquier manifestación de tintes progresistas (para ellos insoportablemente filo comunistas). Durante los meses del movimiento hicieron algunos intentos de intervenir con sus métodos violentos, pero prácticamente fueron arrasados por el movimiento de masas.

En los días posteriores al 2 de octubre, los obispos publicaron una carta que mostraba preocupación por lo que sucedía en México y simpatía por los estudiantes perseguidos. Estaba sucediendo algo en la vieja estructura de la Iglesia.

Otra vez Vietnam

Termina el año y las pláticas de paz en París no han tenido mayor avance.

En Vietnam los soldados norteamericanos bombardean ciudades del Norte y arrasan pueblos del Sur. Sufren miles de bajas e imponen muchas más muertes de militares y civiles. Es un ejército moralmente derrotado que gana

batallas sangrientas. Cada victoria militar lo hundió en el descrédito. Es el horror.

En Estados Unidos ganó el candidato republicano, Richard Nixon. Del lado demócrata, el candidato Hubert Humphrey representaba la continuidad de la política de Johnson, es decir más reclutamiento de jóvenes, más bombardeos, más guerra. Los demócratas perdieron las elecciones de Estados Unidos en Vietnam: de los candidatos que hubieran representado la paz y una renovación liberal de la vida en Estados Unidos, uno estaba muerto (Robert Kennedy), y el otro (Eugene McCarthy) perdió las elecciones internas en el Anfiteatro de Chicago mientras en sus calles los policías aporreaban a estudiantes y opositores a la guerra.

En Francia, De Gaulle reestablece el status de la quinta república. La parte más conservadora de la sociedad impuso su inercia en las elecciones de junio; la política de concesiones económicas a los sindicatos logró romper la efímera alianza obrero-estudiantil. El Partido Comunista se hundió en el descrédito. La revolución de los adoquines y los muros se convirtió en leyenda.

En otros países se vivieron revueltas estudiantiles. Todas ellas condenaban la guerra de Vietnam pero también contenían una crítica a la vida burguesa y a la falta de libertades en sus propios países. Manifestaciones y huelgas las hubo en Alemania, Italia, España. Con formas más radicales y extendidas durante todo el año en Tokio y otras ciudades japonesas. Todos estos movimientos se influyeron unos a otros. Las frases del Mayo francés se tradujeron a todos los idiomas. Todos eran judíos alemanes, todos repetían frases del Che Guevara y paseaban su efigie por las calles.

En Checoslovaquia “la Primavera de Praga” terminó abruptamente. Los tanques soviéticos se brincaron el

verano. El invierno soviético arribó con todas sus dudas. La advertencia de los jóvenes (“Lennin: Breznev se ha vuelto loco”) no fue escuchada. El episodio de Praga se conecta con la caída del Muro de Berlín dos décadas después.

En México la herida de Tlatelolco no cicatriza con el éxito de las Olimpiadas. Los estudiantes lloran a sus muertos. Sus dirigentes están presos en Lecumberri. Alguien acuña la frase que medio siglo después seguirá repitiéndose en las manifestaciones juveniles: “2 de octubre no se olvida”.

Todo eso pasó en el año 68.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La bibliografía sobre el movimiento del 68 mexicano es abrumadora, aquí sólo propongo diez libros que me parecen necesarios para aproximarse a su conocimiento.

Los primeros cinco son los libros básicos, los más citados. No los enlisto en orden alfabético, sino en orden de aparición. El de Ramón Ramírez incluye una cronología exhaustiva basada en información bibliográfica y documental sumamente útil. El de Elena Poniatowska es el más conocido, con más de 100 ediciones; es en muchos sentidos un clásico. Se trata de una obra coral que recoge muchos testimonios de protagonistas y testigos; se refiere solamente a lo sucedido el 2 de octubre en Tlatelolco. La novela de González de Alba es una crónica del movimiento escrita desde la cárcel, apenas terminado el movimiento; tiene la virtud de ofrecer un relato fresco en voz de un protagonista: el autor fue dirigente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, miembro del CNH y preso político en Lecumberri. En el libro de Monsiváis están incluidas tres crónicas que se refieren a episodios clave: la manifestación del rector, la manifestación del silencio y el 2 de octubre; en su estilo, dan cuenta de las raíces y el contexto del conjunto del movimiento. El libro de Raúl Álvarez es muy posterior, con un tono más ensayístico tiene sin embargo valor testimonial, pues el autor fue dirigente del movimiento, representante al CNH de la Escuela de Físico Matemáticas del IPN.

-
- 1) Ramón Ramírez: *El movimiento estudiantil de México (julio diciembre de 1968)*. Editorial Era, México, 1969. (Dos tomos.)
 - 2) Elena Poniatowska: *La noche de Tlatelolco*, Ediciones Era, México, 1971.
 - 3) González de Alba: *Los días y los años*, Ediciones Era, México, 1971.
 - 4) Carlos Monsiváis: *Días de guardar*, Ediciones Era, México, 1971.
 - 5) Raúl Álvarez: *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción del movimiento estudiantil del 68*. Editorial Grijalbo, México, 1998. Tercera edición: Editorial Itaca, México, 2002.

En el siguiente bloque incluyo el libro de José Revueltas que contiene documentos, reflexiones políticas, y crónicas escritas en el momento; de él tomé fragmentos de la crónica de la agresión que sufrieron los presos políticos el primero de enero de 1970. El libro de Paco Ignacio Taibo II da cuenta del lenguaje, la atmósfera y la cotidianidad de un estudiante metido en el movimiento. La novela de Bolaño recrea el episodio de la mujer que se quedó 12 días escondida en un baño de la Facultad de Filosofía cuando el Ejército ocupó Ciudad Universitaria. El libro de Scherer y Monsiváis da a conocer el expediente que Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa en 68, dejó de herencia para que se conociera su versión de la masacre de Tlatelolco. Finalmente, incorporo en la lista un libro mío en el que ofrezco una visión de conjunto y una bibliografía extensa.

-
- 6) José Revueltas: *México 68: juventud y revolución*, Era Ediciones, México, 1978.
 - 7) Paco Ignacio Taibo II: *68*, Editorial Planeta, México, 1991.
 - 8) Roberto Bolaño: *Amuleto*, Editorial Anagrama, Barcelona, Esp., 1999.
 - 9) Julio Scherer García y Carlos Monsiváis: *Parte de guerra II, los rostros del 68*, Ed. Aguilar, en coedición con la UNAM, México, 2002.
 - 10) Francisco Pérez Arce: *El principio, 1968-1978: años de rebeldía*. (Edición corregida y aumentada). Editorial Itaca, México, 2015.

Para el capítulo “El 68 en el mundo” pueden consultarse estos cinco libros:

- 11) Armando Bartra: *1968, el mayo de la revolución*. Ed. Itaca, México, 1999.
- 12) Carlos Fuentes: *Los 68. París, Praga, México*, Ed. Random House Mondadori, México, 2005.
- 13) Tom Hayden: *The long sixties*, Ed. Routledge, London and New York, 2016.
- 14) Mark Kurlansky: *1968 the year that rocked the world*, Ed. Jonathan Cape, London, 2004.
- 15) Norman Mailer: *Miami and the siege of Chicago, an informal history of the republican and democratic conventions of 1968*. Ed. Random House, New York, 1978.

Francisco Pérez Arce Ibarra
(Tepic, Nayarit, 1948)

Estudió Economía en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en la que también fue profesor. Actualmente es investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Ha publicado las novelas *La Blanca* (1987), *Dios nunca muere* (1992), *El día de la virgen* (1994) y *Hotel Balmori* (2004); y los libros de ensayo y crónica *A muchas voces* (1988) y *1994, el año que nos persigue* (1995).

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de octubre del año 2017.

Todos los derechos reservados.